

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en París.

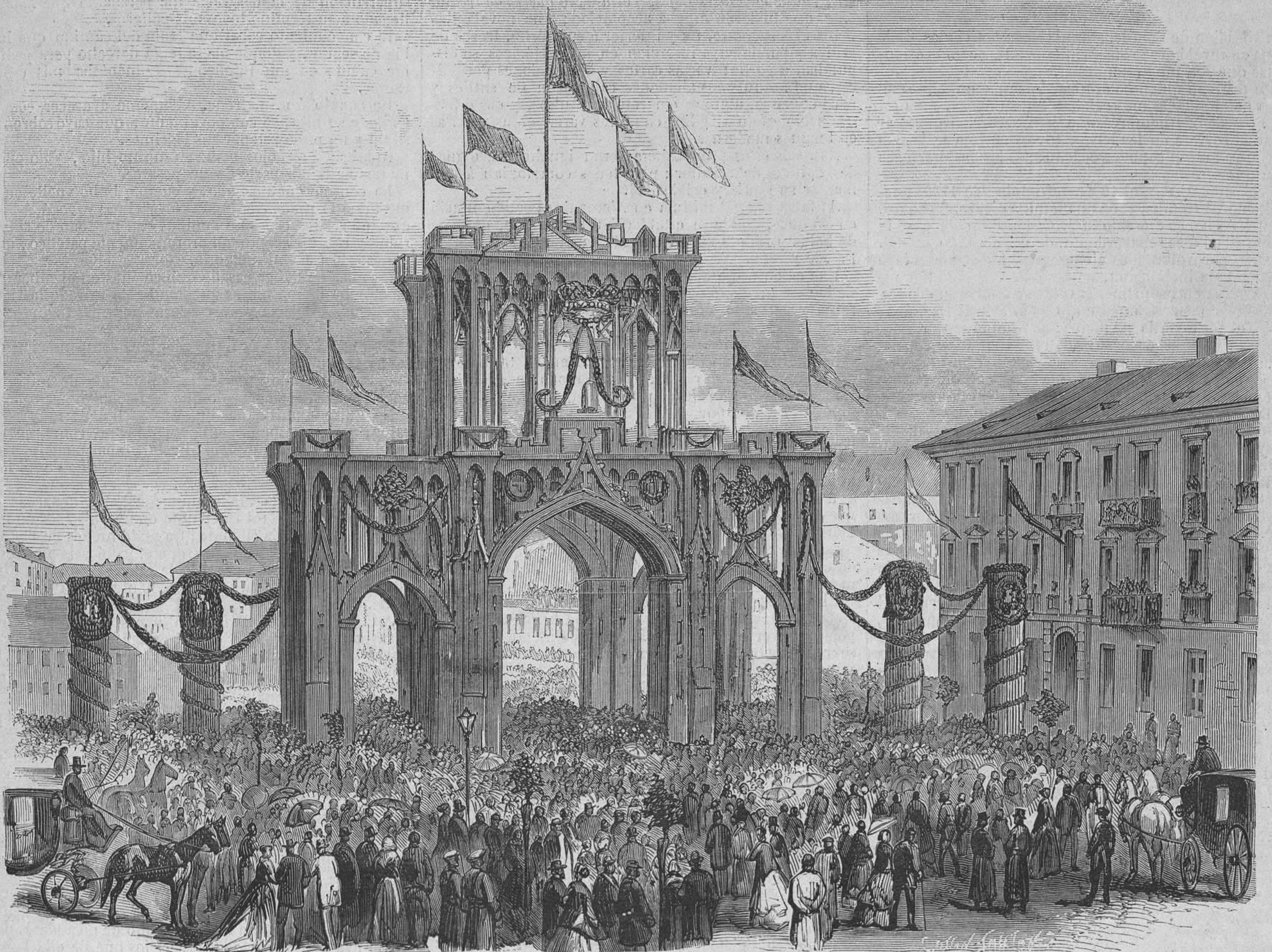
AÑO 26. — N° 760.

## SUMARIO.

Entrada del czar en Varsovia; grabado. — Estudios literarios. — Memorias de un prisionero. — Carlos I, rey de

Wurtemberg; grabado. — Exposicion universal; — El Oriente en la Exposicion universal; grabado. — Revista de París. — El sueño del entierro. — Querétaro; grabados. — Revista de la moda. — El ángel de los Williams. — Las fiestas de Ro-

ma; grabado. — Banquete dado á M. Jules Favre; grabado. — El mes de julio, dibujo inédito de Gavarni; grabado. — Oliverio. — Lamberto Thiboust; grabado. — Exposicion de Bellas-Artes de 1867; grabado.



Arco de triunfo elevado en Varsovia con motivo de la llegada del emperador Alejandro.

### Entrada del czar en Varsovia.

El atentado del 6 de junio ha provocado en Polonia ardientes demostraciones en favor del emperador Alejandro II.

El 18 de junio Varsovia se engalanó como para una fiesta; hubo allí un cambio mágico. Una multitud inmensa se dirigía hacia la estación de Viena-Bremberg, adonde debía llegar el emperador.

Hasta el edificio del camino de hierro estaba espléndidamente adornado con guirnaldas y ricas colgaduras. Desde la estación hasta el arco de triunfo, se veían ondear las banderas de todas las corporaciones, que cerraba un coro de la ópera.

A las once aparecieron SS. MM. en el peristilo de la estación. El emperador vestía el uniforme de los lanceros de la guardia. El presidente de la diputación le ofreció el pan y la sal en una magnífica bandeja de plata, obra maestra de la industria nacional. S. M. aceptó muy afable; es una antigua costumbre de las razas eslavas, emblema de la sumisión y del cariño al soberano.

Cuando llegaron al palacio, SS. MM. encontraron reunidos á los diferentes generales, los comandantes de distritos y luego una diputación de unos quinientos labradores, que les presentaron el pan y la sal en una bandeja de madera esculpida. El emperador les recibió con benevolencia y les dijo en lengua rusa: «Estoy contento de vosotros, en atención á que he hecho todo lo que he podido por vuestra prosperidad.» Estas palabras, traducidas en polaco, arrancaron un hurra unánime.

La estancia del emperador ha sido celebrada con funciones de gala, espectáculos y una revista de todas las tropas reunidas en Varsovia, en número de setenta y tres batallones de infantería, ocho regimientos regulares de caballería, un regimiento de cosacos y veinte y siete baterías de artillería.

Es de esperar que á tan simpáticas demostraciones corresponderá debidamente el emperador, y que la amnistía acordada á la desdichada Polonia tendrá una interpretación de las mas latas. H. V.

### Estudios literarios.

SCHILLER.

La vocación de Schiller para las composiciones de la escena se reveló desde sus primeros años, como casi todas las que son muy manifiestas.

Este poeta, á quien coloca la Alemania en el puesto de las notabilidades mas célebres de su época, bien así como los demás hombres que han recorrido gloriosamente la carrera de las letras, tuvo que vencer graves obstáculos antes de poderse dedicar á las inspiraciones de su númer.

Nació en Marbach, el 10 de noviembre de 1759, pueblecito de Wurtemberg, de una familia oscura. Su padre, despues de haber ejercido la profesion de soldado y cirujano, llegó á ser mayordomo de un dominio feudal. Impelido por voluntades ajenas, mas bien que guiado por su propia inclinación, empezó á seguir Schiller varias carreras en los primeros veinte años de su edad, y fué destinado sucesivamente al estado eclesiástico, á las armas, al foro y á la medicina; pero ninguno de estos estudios excitó su ardor ni desarrolló su inteligencia; ninguna de estas carreras era adecuada á su índole; y así es que á despecho de las mismas y á pesar del distinto objeto á que parecían dirigirle, nunca dejó de marchar por la senda á que le encaminaba su instinto.

Sin dejar de iniciarse en las armas, teología, medicina y leyes, se iba haciendo insensiblemente poeta. Su destino, por decirlo así, se fijó irrevocablemente desde la edad de nueve años, en cuya época una representación teatral, produciendo en él un efecto extraordinario, dió á su espíritu un impulso irresistible é incontrastable.

Desde entonces todas sus ideas se vincularon en las composiciones dramáticas, y un año despues, ya habia trazado planes y delineado escenas.

Su educación íntima, real, la que debía hacer de él lo que fué, fué adecuada á esta vocación tan imperiosa, y si de hecho se vió precisado á asistir á las lecciones de las escuelas, en sus horas de recreo se empapó en la lectura de Homero, Virgilio, el religioso Klopstock y de la Biblia.

La poesía sublime y grandiosa, tierna y melancólica, junto con la elevación de sentimientos que caracteriza á estas obras, estaban en cabal armonía con las disposiciones naturales del joven alemán, que se iba aficionando mas y mas cada día á su inclinación.

Al propio tiempo que se desarrollaba su númer, á medida que se iba abandonando á su imaginación, sufría Schiller con mas impaciencia las trabas que le imponía la voluntad ajena, y se le hacia la sociedad mas odiosa y despreciable.

En esta lucha violenta, bajo el influjo de estos impulsos de ira, fastidio y amargura, concibió y ejecutó su primera obra dramática, *los Bandoleros*, pieza, segun un biógrafo, «en la que se parangona la sociedad con una cueva de bandidos, y donde la sociedad queda vencida.» Tan extraña composición, que fué la inaugural con

que se posesionó Schiller de la escena alemana, se imprimió primeramente en 1781, y fué representada despues en Manheim al año siguiente.

Su éxito fué tan prodigioso, y tan terrible su impresión, que muchos jóvenes alemanes fueron á establecerse en los bosques y montañas, para ejercer, á ejemplo del caudillo de *los Bandoleros*, Carlos Moor, la vida de enderezador de entuertos, pillando á los ricos para socorrer á los pobres y abatiendo á los prepotentes para vengar y consolar á los desvalidos.

El Carlos Moor de Schiller puede considerarse como el tipo y padre de todos los bandoleros virtuosos que hormigean desde hace muchos años en la literatura moderna.

La vida de Schiller, como en general la de todos los hombres cuya actividad ha sido exclusivamente intelectual, es muy escasa en acontecimientos; el período de veinte años que acabamos de bosquejar rápidamente, y que termina su entrada tan característica en el mundo literario, es el mas interesante para el hombre pensador.

Considerado Schiller en sus hábitos y obras sociales, se le verá conservar siempre la huella que dejaron en su númer estos primeros veinte años; y si el trato de los hombres modificó su índole, si el estudio apuró su talento, sus rasgos primitivos, suavizados un tanto, no sufrieron alteración: sin embargo, su posición habia variado completamente.

Aunque abandonó, á fuer de prófugo, los estados de su soberano el duque de Wurtemberg, porque alarmado este príncipe de los ensayos del poeta, quiso enfrenar su pluma, no por eso dejó de adquirir mas adelante las altas protecciones, y los duques de Weimar y de Holstein, los reyes de Prusia y de Dinamarca le colmaron de favores.

Los hombres mas ilustres de Alemania tenían con él relaciones amistosas, y los escritores mas célebres de la época, particularmente Goethe, solicitaron su amistad, ofreciéndole la suya: el pasmo y el entusiasmo acogían los numerosos partos de su númer.

Aunque Schiller sobresalió principalmente en las composiciones dramáticas, y *los Bandoleros*, *la Conjuración de Fiesco*, *Don Carlos*, *Wallenstein*, *Juana de Arco*, *María Estuardo*, y *Guillermo Tell*, sean sus títulos principales de celebridad y gloria, no por eso desmerecen de su númer y talento las obras que escribió en un género distinto.

Véase á un mismo tiempo historiador, novelista, redactor de publicaciones periódicas, escritor filosófico, autor de poesías fugitivas, de sátiras, de canciones, y últimamente traductor; imprimió sucesivamente una *Historia de los Países-Bajos*, y otra de *la guerra de treinta años*, que tuvieron mucha aceptación; una novela llamada *el Visionario*, muy inferior á su mérito, trozos de crítica y poesía cuya inserción en los periódicos se disputaban á porfía; varias cartas y disertaciones periódicas, que los mismos alemanes calificaron de sutiles y poco concisas, algunos epigramas insulsos, y dos ó tres traducciones de Virgilio, con otras varias obras escritas en lenguas modernas.

No todas estas producciones eran igualmente dignas de la pluma de Schiller; pero todas contribuían á aumentar su gloria y celebridad.

Su fama era grandísima en Alemania, cuando murió en Weimar, donde se estableció últimamente, despues de haber residido sucesivamente en Manheim, Leipzig, Dresde y Jena.

Una calentura maligna á la que opuso una sufrida resignación, arrebató de los brazos de la gloria, á los cuarenta y siete años de su edad, al hombre que se habia grangeado la admiración y el aprecio público y la emulación de los sabios.

Schiller, dice un biógrafo, mandó en su testamento que sus exequias se celebrasen del modo mas sencillo.

Sus restos fueron llevados al cementerio entre doce y una de la noche por jóvenes artistas y sabios.

La noche era oscurísima, y el viento soplabá con violencia; en el momento en que bajaban el féretro á la bóveda, el cielo se aclaró, se entreabieron las nubes, y la luna, sonriendo con algunos rayos de su luz plateada al ataúd que encerraba los restos de aquel númer privilegiado, desapareció melancólica y se ocultó en el firmamento.

Schiller era de alta estatura, flaco, de cabello rojo, de cara ovalada, de color pálido, y de facciones poco marcadas.

El carácter dominante de su fisonomía era la melancolía y la meditación; pero cuando se hallaba animado por la conversación, su cabeza, habitualmente inclinada sobre el pecho, se levantaba con viveza y el fuego del númer brillaba entonces en su semblante.

Le gustaba mucho la sociedad de los jóvenes, siendo muy comun el verle rodeado de estudiantes, y discurrir en medio de ellos muchas horas con una labia y una ingenuidad que hechizaban.

Dotado Schiller de una sensibilidad enfermiza, de suma elevación de conceptos y sentimientos, y viviendo de continuo en el mundo ideal y heroico, no parecia criado para la vida real y positiva; su sociedad íntima rebosaba sin duda embeleso, pero estaba expuesta á tormentas, contrastes y desigualdades.

Su genio dramático venia á ser el efecto natural de esta organización tan esencialmente poética, y cuyo carácter se halla tan vivamente reproducido en sus obras. *Su conciencia y su musa*, dice madama Stael, *y sus escritos son él mismo.*

Sus composiciones deben abundar pues en defectos é imperfecciones para el crítico que formula su parecer

por reglas y principios; pero cautivan é interesan al lector que siente y no juzga, ó que forma su opinión sobre las impresiones que recibe.

Los personajes son en cierto modo fantásticos, aun bajo nombres históricos; la sociedad en sus obras es poco conocida y mal representada, pero se acepta voluntariamente el nuevo órden de cosas que el autor sustituye á la realidad, y se cierran gustosamente los ojos para asociarse á aquellos errores llenos de nobleza, de generosidad, blandura y melancolía.

Fácilmente se concibe con cuánta aceptación recibirían los alemanes las obras de este poeta, y con qué autoridad reinó en la escena; en cuanto á nosotros, muy ajenos de la embriaguez germánica, estamos en estado de juzgarle con mas imparcialidad, y pedimos á favor de Schiller amor y admiración.

M. DE F.

### Memorias de un prisionero.

(Conclusion.)

Rayaba, me dijo, en los setenta años, viuda de un capitán de buque, que hacia el comercio en el Báltico; pocos años antes habia perdido á su marido, que le habia dejado una honrosa independencia con que mantenerse en la vejez.

Todos sus hijos y nietos habian muerto, á excepcion del que se hallaba prisionero en Verdum.

Este, preso por los franceses en un buque inglés, hacia diez años que no le habia enviado noticia alguna, lo que servia de gran pesadumbre á la pobre señora.

Le prometí que á mi vuelta á Francia, mi primer cuidado seria informarme de la situación de su nieto, y emplearia todo el crédito de mi familia, cuyas relaciones eran muy extensas, para lograr su canje con algun prisionero francés, ó á lo menos hacer mas llevadera su desgracia.

Hablamos en seguida de mi plan de escape, y para preparar mejor el resultado, mi amiga me regaló un vestido completo que habia pertenecido á su hijo marino, dos hermosas camisas, un sombrero y otros renglones igualmente necesarios, que me suplicó conservase como una memoria, con encargo de prestar igual servicio á su nieto, si se presentaba la ocasión.

Cuando hube cambiado por este mi antiguo traje, la superstición de la desgracia me persuadió que habian llegado á su término todos mis peligros.

El conocimiento cabal que tenia del camino que habia de seguir, y donde nadie tenia derecho para pedirme cuenta de mis intenciones aumentaba mis esperanzas.

En cuanto á mi patrona, viéndome aparecer con el traje de su hijo, se conmovió tanto, que cayó sobre un sillón y no pudo retener sus lágrimas.

Aparecía á sus ojos como su mismo hijo, y no pude menos de tomar parte en sus pesares.

La consolé cuanto pude, y cuando hubo vuelto en sí me tomó la mano, enjugó sus lágrimas y rogó á Dios que me restituyese á mi familia, con un tono de sinceridad y con un acento tan profundamente patético, que jamás saldrá de mi memoria.

Despues de haber pasado quince dias en el albergue de aquella buena mujer que me habia salvado la vida, me decidí á dejarla y no causarle por mas tiempo zozobras.

No pude hacerle aceptar ninguna compensación de los gastos que le habia podido ocasionar.

—Ponedlo todo, me decia, en cuenta de mi hijo; haced por él, si podeis, lo que he hecho yo por vos.

No quiso admitir mas que una sortija de muy poco valor, pero que me era sumamente cara, como memoria de mi madre, que habia hecho grabar en el interior mis nombres, mi residencia, el dia y el año de mi nacimiento.

Aquella segunda madre que me habia deparado el cielo en medio de mi infortunio en un pais extraño me prometió guardarla siempre; no pude menos de añadir á este mequinó regalo mas que cinco ó seis piezas de plata españolas, cuyo grabado le causaba suma admiración y que destinó para servir de tantos en el juego de whist.

A las ocho de la mañana, despues de un excelente desayuno, me despedí de mi amiga, que me abrazó llorando, y me entregó una carta para su nieto, en la que iba incluso una letra contra un banquero de Paris.

A pesar de mi conmoción, probé de sonreír, diciéndole que esperaba que su nieto, ella y yo, nos reuniríamos pronto y en mejores circunstancias. Meneó la cabeza y dijo:

—¡Ah! ¡no! ¡no en este mundo! ¡no en este mundo!

No podía soltarle la mano, cubriéndola de besos, repitiendo toda la profunda gratitud que mi corazón estaba sintiendo.

Me entregó tambien un paquete que contenia provisiones para el viaje, encomendándome mil y mil veces que no olvidase á su pobre muchacho, y nos separamos... para siempre.

Aun hoy dia no puedo recordar sin conmovirme mi residencia en casa de aquella buena señora y su generosa hospitalidad: tuve el sentimiento de no poderle devolver, ni aun en parte, los servicios que de ella habia recibido.

Su nieto, que con algunos otros prisioneros ingleses habia intentado evadirse, habia muerto de un balazo que habia recibido defendiéndose de sus guardas.

Mi generosa amiga no pudo sobrevivir á esta noticia que le di con todas las precauciones posibles; le escribí despues repetidas veces sin recibir contestacion, le dirigí varios objetos de los que no me acusó recibo, y nada me contestó.

Al fin uno de mis amigos, encargado de ir á Linn para averiguar su paradero, me escribió que habia dos años que la mejor de las mujeres habia seguido á su nieto al sepulcro.

Habia recibido todas las instrucciones necesarias para salir de la ciudad sin extraviarme.

Era dia de mercado, las calles estaban llenas de gente, y (lo que me alentó mucho) nadie pensaba en mí. Me equivoqué de calle dos ó tres veces, pero despues de haber cruzado por entre varios grupos, hallé por fin el camino que debia seguir, y que me conducia directamente á la costa donde esperaba embarcarme.

El tiempo era bueno, y la estacion hermosa se anunciaba con el inesperado brillo y el nuevo calor del sol y el ligero canto de las aves; cada paso que daba me acercaba mas á mi patria, y todo contribuia á inspirarme confianza.

Pasé por la linda aldea de Gaywood, y seguí andando bastante lentamente, llegué á la cumbre de una colina, y me senté sobre un mojon que indicaba las cuatro millas que acababa de hacer, y desde donde veia la ciudad de Linn, morada de mi libertadora, y á la que di de lejos mi postrer adios.

Sin detenerme por mas tiempo en incidentes de poco interés, me contentaré con indicar las principales particularidades del resto de mi viaje.

A las seis de la tarde llegué á Fakenham, ciudad muy aseada y bastante populosa.

Una milla despues, tomé por domicilio una cuadra, como de costumbre, y me establecí en ella para cenar.

Ya no me quedaban por hacer mas que veinte y cinco millas para llegar á la costa que me señalaba el mapa.

A la mañana siguiente, partí con ánimo de no llegar hasta el anochecer al lugar de mi destino, y de tomar todas las precauciones que podía sugerirme la prudencia.

Una multitud de temores me asaltaron entonces; tocaba ya al término de mis deseos, y aun podian malograrse.

¡Si el hombre á quien me iba á confiar me hacia traicion! ¡Si por casualidad no estaba en casa, ó si no existia!

Tales eran las aprensiones que embargaban mi imaginacion.

Sin embargo, el dia iba declinando; pasé por inmensos y áridos desiertos, morada tan solo de liebres y conejos.

Eran las siete de la noche cuando llegué á la villa de Longham, cuyas casitas adornadas de madre selva presentaban un aspecto muy elegante y pintoresco.

Al salir de Longham, descubrí el mar. Su inesperada vista me causó á un tiempo admiracion, temor y esperanza; habia en el puerto hermosos buques empavesados, deslizándose en lontananza las velas de diversas embarcaciones.

Admiré aquel espectáculo, y escuché el sordo y profundo murmullo de las olas.

El terror, la esperanza, el desaliento, la confianza, estaban agitando mi alma.

Habia seguido el mismo camino al desembarcar en Inglaterra; por allí mismo me habian llevado á la cárcel de Norman-Cross.

Marché lentamente meditando y combinando cuanto debia decir y hacer.

Tenia una contraseña para el hombre de confianza á quien habia de dirigirme, y noticias que me indicaban su casa.

Me hallaba sobre el picacho de una roca escarpada, y que dominaba el mar y su orilla, donde habia esparcidas algunas chozas de pescadores, algo distantes unas de otras; reconocia á mis piés, pero á gran distancia, la casa cubierta de tejas encarnadas donde moraba el hombre misterioso.

Pero ¿cómo habia yo de llegar á dicha casa? no veia ningun camino que allí pudiese guiarme, y desde la elevacion en que estaba, echaba de menos las alas de un pájaro para atravesar el espacio que me separaba de la orilla.

Seguí caminando como una media legua á orillas del precipicio, y ya desesperaba de encontrar un camino que comunicase con la costa, cuando de repente se presenta á mi izquierda una abertura, que era sin duda un barranco que venia á ser el camino que buscaba.

Tomé al punto aquel camino, que estaba cubierto de una hermosa arena blanca y finisima, donde se hundian mis piés á cada paso.

Este sendero, que no tenia mas que una vara de ancho, estaba cuajado de retamas y espinas, que lo obstruian y dificultaban mis pasos.

Tendria aquel sendero como media milla de largo, y cuando llegué con corta diferencia á la mitad de esta distancia, encontré el suelo algo mas consistente; llegué por fin á una pequeña altura desde donde recorria libremente la vista la extension del horizonte; y vi desde luego á mis piés la pequeña vivienda de las tejas encarnadas; estaba algo separada de la aldea, que solo se componia de cuatro ó cinco chozas.

La casa que buscaba estaba sola en la orilla y á la punta de un pequeño promontorio, á cuatro ó cinco

varas de la roca perpendicular de que he hablado; el camino pasaba entre el barranco y la cabaña.

Habia colgada sobre la puerta una red, y estaba amarrada á poca distancia una lanchita; esta circunstancia me hizo creer que el dueño estaba en casa.

Suspense entre el temor y la esperanza, levanté el picaporte, y entrando con paso firme, llené puntualmente el papel que mis instrucciones me prescribian, y que habia aprendido de memoria.

Un hombre vestido de marinero, con unas gruesas botas de postillon, estaba sentado á la lumbre y acodado sobre una mesita donde habia un vaso y una botella de grog.

Una vieja que parecia haber llegado á la última decrepitud, estaba hilando lino, y ocupaba el otro lado del hogar.

En fin, un niño de diez á doce años, de fisonomia maligna y puesto sobre un alto taburete, vestido de blusa y con una gorra de marinero, estaba medio dormido.

Eché por el interior una rápida ojeada, y desde luego reconocí todas las señas del hombre que buscaba: una cuchillada desde la sien izquierda hasta debajo de la megilla derecha, y un grande anillo de plata en la mano derecha.

El marinero me miraba con aire de desconfianza; los vestidos nuevos que traia no le parecian propios de un prisionero francés; noté su desconfianza, y acercándome á la mesa, levanté los dos dedos de la mano izquierda mas altos que mi cabeza, señal convenida que la mujer ni el niño no podian ver, y que él entendió perfectamente.

Respondió á mi seña con otra igualmente convenida, y dijo:

—Todo está corriente.  
—*War hawks and sharks*, le dije repitiendo esta contraseña, que equivale á: *cuidado con los tiburones y los buitres*.

—¡Ah! replicó el pescador, dando una puñada á la mesita: *And cold iron and an ounce of lead to the false one*; esto es, *hierro frio y una onza de plomo al traidor*.

Tan larga conversacion pasaba mas allá de mis instrucciones, y no sabiendo qué decirle, me dirigí á él en francés.

Felizmente entendia este idioma y lo hablaba bastante bien.

—Sentaos, me dijo, no tengais miedo. No tenemos aquí mas que amigos (enseñándome el hijo y la mujer); por otra parte ellos no entienden este guirigay.

Despues que me hube sentado, continuó.  
—Creo que sois valiente como lo denota vuestro semblante; si fuéseis un pícaro espía, sabiais mejor vuestro oficio. Al punto he observado que la fragata era de construccion francesa, aunque con aparejo inglés.

Fué á cerrar la puerta y á atrancarla con grandes barras de hierro.

—No tenemos mucho que temer, pero es muy bueno tomar todas las precauciones. Bebed ese vaso de buen aguardiente; ¿eh? ¿qué os parece?

Colocó en seguida sobre la mesa pan y vaca salada, con manteca y algunas frutas, y brindando conmigo, me obligó á referirselo todo.

Hice brevemente mi narracion, y añadí que si podía ayudarme á pasar á Holanda, le ofrecia en premio de este servicio la cantidad que él mismo señalase.

Cuando hube concluido, me tomó la mano, la sacudió bruscamente y me dijo:

—Todo está conforme; haré cuanto pueda, pero se requiere prudencia, los buitres nos siguen la pista. Por ahora no veo medio de poder salir con bien. Aguardaos aquí; estareis tan bien en esta casa como en la vuestra.

Esta demora calmó un poco la viva ansiedad de mis esperanzas, y acordamos que me guardaria en su casa hasta el momento favorable.

Nos partimos el grog, y pasamos alegremente el resto de la noche conversando juntos.

Mi huésped, á quien llamaré Jack (renombre que le daban sus camaradas), podía tener como unos cuarenta años; era hombre de buena figura, á pesar de la cuchillada que tenia en la cara, obra, segun me dijo, de un francés.

La vida dura que habia llevado, los vientos, las borrascas y el humo de la pólvora habian ennegrecido su frente, y dejado su estampa indeleble sobre su rostro marcial y atrevido.

No era mas alto que la quilla de una chalupa, cuando ya servia de grumete.

Asociado á todos los contrabandistas de la costa, no tenia nada de su feroz violencia, ni en el carácter, ni en la fisonomia.

Su modo de hacer el *comercio libre*, como él lo llamaba, le exponia á menos peligros que á los otros; siempre desembarcaba sus pacotillas á bastante distancia de su cabaña.

Me dijo que era el hombre de confianza de una casa de comercio de Amsterdam, que jamás habia hecho traicion á aquella confianza, y que, prescindiendo de las averias ocasionadas por los buitres de tierra y las borrascas del mar, no les habia hecho perder ni un maravedí.

Aquella exhortacion se reproducia con tanta frecuencia, que ya empezaba á sentir la necesidad del descanso y del sueño.

Mi huésped no queria consentir, y despues de haberme suplicado largo tiempo que aceptase otro trago, me condujo á un cuarto bastante aseado, y enseñándome una enorme barra de hierro, me dijo que la colocase trasversalmente y me dió una contraseña.

Una imperceptible abertura practicada en la pared debia servirme para reconocer á los que se acercasen á la cabaña.

Prometié venir á verme al dia siguiente por la mañana.

Seguí sus mandatos y no tardé en conciliar el sueño entre dos sábanas mejores y mas finas que las de la mayor parte de las posadas de Francia.

A la mañana siguiente, fiel á su palabra, llamó á mi puerta, me dió la contraseña y me halló ya vestido.

Siguió la vieja, me preparó una buena lumbre, colocó una cesta de carbon de tierra junto á la estufa, sirvió en seguida el desayuno y nos dejó solos.

Arreglamos algunos pormenores indispensables á mi seguridad y la suya, y me prohibió abrir mi ventana antes de la noche, por temor de que no me viesen desde la orilla; me encargó cerrase bien los postigos desde que cayese el dia para que desde fuera no se viese luz, y se opuso particularmente á que saliese de la casa, diciéndome que si me fastidiaba de estar solo, por la noche podría ir á beber y conversar con ellos.

—La vieja que habeis visto, continuó mi patron, y que habeis tenido por una idiota, está siempre en vela y pronta á dar la alarma al menor indicio de peligro; bajo aquel aire decrepito y casi imbécil, encubre mucha astucia y firmeza, y por última seguridad veis aquella abertura practicada en la pared: en quitando aquella piedra, podreis entrar allí, y desafío al diablo en persona si descubre el escondrijo. Allí se acurrucó el general francés Pilet; las casacas encarnadas le daban caza, los espías no estaban á trespulgadas de él, y la vieja les alumbraba.

—Al recordar mi patron estos hechos se reia como un loco.

Sentóse en seguida á mi lado, y durante media hora la conversacion fué animada y muy agradable; pero sus ocupaciones no le permitian hacerme siempre compañía; aquella nueva prision, donde tenia que permanecer oculto algunas semanas, me fastidiaba mucho, aunque me dispensaban todos los desvelos posibles y toda la familia andaba solita en anticiparse á mis deseos.

Sin libros, sin objetos de diversion ni de estudio, pasaba dias enteros contemplando un Océano en el que se cifraban todas mis esperanzas.

Por la noche iba á reunirme á la familia, ó bien mi patron venia á verme y sentarse en uno de los rincones de mi chimenea.

Me contaba las travesuras y proezas marítimas de los contrabandistas de la costa, sus resultados y su audacia, la sutileza de sus invenciones, y sus peligros.

Estas relaciones, que me hacia muy circunstanciadamente, parecian avivar su alma y darle humor; venian á ser sus recuerdos de gloria y lo ideal de su vida.

Quince dias despues de mi llegada á la casa del marinero, llegó por fin el momento de mi partida.

Hacia tres dias que el contrabandista no habia puesto el pié en su casa, y la vieja para aquietarme me decia:

—*Sin duda trae ya algo entre manos*.

A las doce en punto de la noche, habiéndose levantado la luna, me puse á contemplar aquella escena, cuando ví arrimarse á la ribera un esquife.

Traia dos hombres y un niño, que reconocí por ser el hijo de mi patron.

Entra Jack en la cabaña, y ni siquiera me permite despedirme de la vieja, me arrastra, me coloca en la lancha, y á fuerza de remos, auxiliado por el otro marinero, hizo huir rápidamente su esquife; iba en ello la vida.

Despues de dos ó tres horas de navegacion, nos hallamos á la vista de un falucho holandés que nos estaba aguardando al paso, y cuyo capitán me recibió, encomendándome particularmente que despachase.

Jack, que me habia acompañado hasta el camarote, me advirtió con todo el laconismo que exigian tales circunstancias, que aquel buque era de los del *libre comercio*, y que el capitán habiendo consentido recibirme á bordo, habia aguardado el momento favorable para arrimarse á la costa.

Con todo el capitán nos daba prisa; recompensé liberalmente al valiente Jack, á quien además di una guinea para su hijo y otra para la vieja.

Nos despedimos, me estrechó la mano, bajó á la lancha y se largó. Arreció al instante un viento fresco, y se alejaron gradualmente de mi vista las costas de Inglaterra; no ví ya al fin mas que el faro de Cromer.

El capitán me instó para que le contase mis aventuras, ofreciéndome el grog, bebida favorita de los holandeses é ingleses.

Nos dieron caza muchos barcos; pero nuestra buena suerte los burló, y á los dos dias de su salida el falucho entraba en el Texel.

A la mañana siguiente me hallaba en camino para Paris.

El ministro de Marina me mandó llamar, y le di noticias circunstanciadas sobre cuanto me preguntó.

Mi familia, para la que habia ya dejado de existir, me vió seis dias despues, y la dicha de tal momento es mas para sentida que explicada.

En mi último viaje á Inglaterra, despues de la paz continental, quise visitar á mi amigo Jak; pero cabaña, aldea, etc., todo habia desaparecido.

El mar habia inundado aquella parte de la costa, y nadie supo darme noticias exactas de la nueva morada del contrabandista.

**Cárlos I, rey de Wurtemberg.**

El rey de Wurtemberg, cuyo retrato damos en esta página, llegó á Paris el lunes 8 del corriente, acompañado de cierto número de personajes de distincion de sus Estados, entre los cuales se cuenta el conde Rambenheim, caballero mayor. El rey se apeó con su comitiva en el hotel Bristol.

Cárlos I, rey de Wurtemberg, nació en 1823, y casó en 1846 con la gran duquesa Olga, hija del difunto Nicolás I, emperador de Rusia, princesa muy notable, á quien la opinion atribuye una gran influencia en los asuntos del reino.

El mismo día de su llegada, el rey de Wurtemberg asistia á la gran revista de los Campos Eliseos con el emperador y el sultan. El miércoles siguiente, el rey Cárlos I ofreció á los miembros de las tres comisiones de la Exposicion de Wurtemberg, la Baviera y Baden, un gran almuerzo en la fonda del jardín reservado. Su Majestad asistia aquella misma tarde á la comida de ciento treinta cubiertos dada en Tullerías en honor del sultan, comida que tuvo efecto en la nueva sala, que solo habia servido para el emperador de Rusia y el rey de Prusia.

Mas aun estamos lejos de hallarnos al fin de estas odiseas soberanas. Despues del sultan, despues del rey de Wurtemberg, hé aquí que se anuncia la llegada del rey de Portugal, el rey de Grecia, á su regreso de Rusia, y el emperador y la emperatriz de Austria. Y siempre tenemos los mismos dorados, las mismas ceremonias, los mismos diamantes. Verdad es que el espectáculo es soberbio.

R. DE M.

**Exposicion universal.**

Plateria francesa y extranjera,  
joyeria, etc.

Lo que desde luego llama nuestra atencion en la PLATERIA, es el crecido número de expositores, lo cual quiere decir, que hay muchos mercaderes y pocos productores, mucha tienda y poco concurso. Si todo ello fuese de buena ley, nos guardaríamos de quejarnos de la abundancia de escaparates, pues al sol de la concurrencia verdadera y del trabajo honroso, cada cual tiene su puesto y su derecho al respeto, el mas humilde como el mas soberbio, el pequeño fabricante ó el inventor, que tiene suficiente con cuarenta centímetros de estante, lo mismo que el gran industrial, que necesita una rotunda entera, un almacén ó una galería donde pueda circular la admiracion pública.

Pero no se trata aquí de número ó de espacio ocupado, sino de dignidad, probidad y justicia. Cuando una sola clase puede ofrecer á los aplausos de la Europa exposiciones como las de Christoffe, Froment-Meurice, Roudolphi, Fanniére, Lepec, Duron, Odier, Duponchel y otros, esto es, la mas magnífica y múltiple expansion de todas las facultades de creacion y de imitacion, dibujo

y composicion, gracia y grandeza, conciencia y finura, elegancia y severidad, riqueza y sencillez, cuya reunion caracteriza á esta industria, es deplorable hallar á su lado los desechos de la fabricacion, las falsificaciones del contrabando, las copias de las colecciones privadas ó de las exposiciones anteriores, y esto á la par que da margen á reflexiones dolorosas, justifica lo que hemos dicho, que hay demasiados expositores.

Sin embargo, haciendo abstraccion de los intrusos y de los charlatanes que tanto abundan, continuaremos nuestras investigaciones generales entre los expositores que ocupan su lugar dignamente.

Abandono visible de lo excéntrico, é inclinacion á lo

dar un paso para igualar en mérito á las mas bellas obras de los siglos XVI y XVII.

Tales son las cualidades mas notables que, á nuestro juicio, presenta el grupo.

Detengámonos un momento ante ese espléndido escaparate de Froment-Meurice, que no saludamos sin sentir una emocion profunda. ¿Es por el recuerdo de lo que fué el padre, ó por el gozo de ver lo que hace el hijo? ¿Es por el sentimiento de no poder consagrarle mas que algunas líneas? ¿Es, en fin, ese recogimiento interior que experimentamos al acercarnos á todo lo que es bello, como por ejemplo, al pisar los umbrales de alguno de esos templos del arte industrial, la galería de Apolo en el Louvre, la *Grüne-Gewölbe* en Dresde, la Rica Capilla en Munich, los Tesoros de Viena, de Monza ó de San Márcos?

Victor Hugo, en sus *Contemplaciones*, ha dedicado al Benvenuto francés una composicion bellísima; pero antes de que el gran poeta celebrara así su talento, la superioridad de Froment-Meurice era un hecho en Europa: en Paris era un axioma.

En otras casas se hacen obras mas ricas, mas difíciles ó excéntricas; pero en ninguna parte se hacen mas hermosas. Como Deniere en el bronce, como Grohé en la ebanistería, esta es la casa de lo bello y lo bueno; la oficina del gusto por excelencia, del gusto no solo en la ejecucion, que por maravillosa que pueda ser, no pone de manifiesto mas que la habilidad del obreiro, sino en la eleccion de los asuntos y en la apropiacion de los ornatos que suponen siempre la elevacion intelectual, sin la que no existe el arte verdadero. Sus productos no necesitan firma. Se reconocen á primera vista por el conjunto y por los detalles, conjunto y detalles que ofrecen en el mismo grado la marca de todas estas cualidades que ni se compran ni se enseñan, el tacto en la magnificencia, la eleccion en la abundancia, la gracia en las formas, la sobriedad en el brillo, la elegancia en la grandeza, el ideal en todo y la originalidad siempre. Sobre todo la originalidad, mas no á la manera del buen Girodet, que decia á sus discipulos: «Mas vale la extravagancia que la vulgaridad;» sino al modo de Miguel Angel, quien declaraba orgullosamente que los imitadores, aun los de un maestro, no son

sino monos, y que siguiendo las huellas de otro, jamás se pasa delante de nadie. *Rare volte passa inanzi che camina sempre dietro.*

Estudiad, diremos nosotros, á todos los que van á buscar en la Exposicion otra cosa que los refinamientos del lujo ó las batallas contra lo imposible; estudiad como nosotros lo hemos hecho, (desgraciadamente no podemos analizar nuestras impresiones), cada una de las obras de esa tribuna del Campo de Marte. Desde la joya minúscula, sortija, boton, alfiler, collar, brazaletes, cadena, hasta los centros de mesa y las piezas decorativas, desde el pomito esmaltado hasta la cuna del príncipe imperial y el servicio de S. M. el emperador, ¡qué perfeccion de trabajo, qué belleza de dibujo! y al mismo



Cárlos I, rey de Wurtemberg.

sencillo, por supuesto en tanto que las materias empleadas se llaman oro, plata, pedrerías y materias preciosas;

Progreso increíble, radical, universal en todos los ramales de esta fabricacion enciclopédica;

Aplicaciones tan nuevas como felices del atañido, la incrustacion y la galvanoplastia;

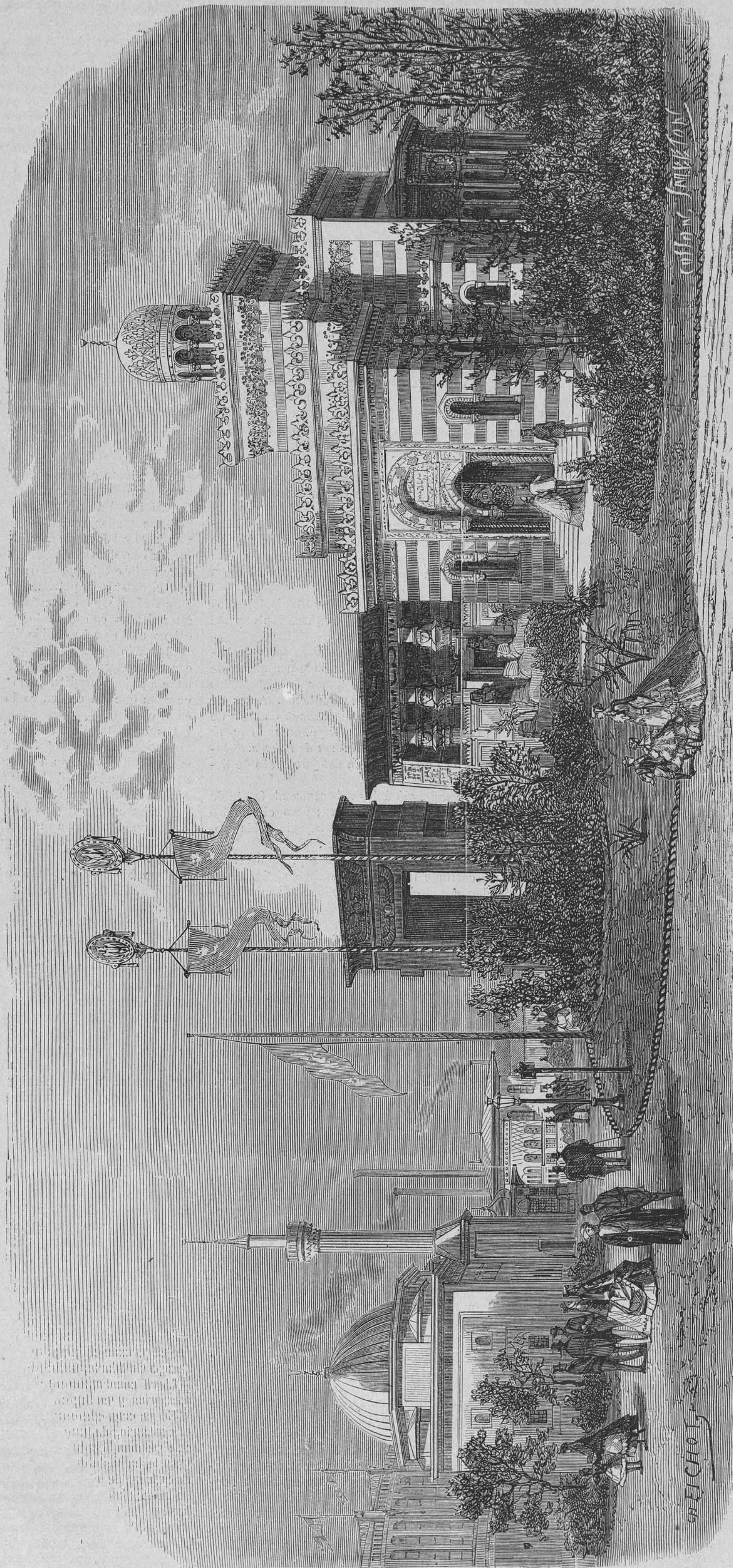
Menos variedad y riqueza en la eleccion de los ornatos, pero en cambio mucho mas sobriedad en las formas y mas severidad en la práctica de los diferentes estilos;

Finalmente, tendencias mas y mas acentuadas hácia la esmaltadura, que comenzando á vencer las dificultades de la coccion y de la química, no tiene mas que

tiempo, ¡qué dignidad irreprochable, qué respeto de las tradiciones, qué sencillez tan nueva y tan soberbia! Oro ó plata de todos los matices, diamantes, piedras preciosas, cristales, marfiles, es aquello una aglomeración de riquezas; pero ¿qué importa la materia primera, por feliz que haya sido su elección? El arte no conoce el valor intrínseco, y lo precioso para él es la idea.

Y por esta razón, recordando que hace doce años dirigíamos á M. Emilio Froment-Meurice el *Macte animo* que tanto se le debía en su origen, nos complace ver que nuestros presentimientos se han realizado, y en presencia de las obras que le son personales, proclamamos que la gloria de su padre está en buenas manos. Su jarro incrustado de esmaltes, con la serpiente matizada de encarnado que se arrolla en torno del asa, no es solo un objeto incomparable como dificultad vencida, es también un objeto de arte de primer orden. La copa ofrecida á Ponsard por su ciudad natal, y que el pobre poeta no ha tenido tiempo de admirar, y en fin, las tres resplandecientes piezas de cristal de roca montadas para S. M. el emperador, son á nuestros ojos la justificación de la medalla de oro que le ha sido acordada, así como á Lepec, Fanniere, Elkington, Hankock, Carrier y Moret-Tadeuil.

Esta vez no se ha dado gran medalla de honor á la platería; pero quizás la Exposición de 1867 no hubiese tenido que deplorar este vacío, si la sorprendente pieza encargada por el prefecto del Sena á M. Froment-Meurice, para el salón del emperador, en el Hotel de Villa, hubiese podido exponerse completa. Desgraciadamente ha sido imposible, porque esta obra maestra representa no meses, sino años de trabajo. Figúrense nuestros lectores el busto del emperador laureado á la antigua, tallado en una gigantesca y hermosa piedra verde mar, y puesto sobre un pedestal de jaspe sanguíneo incrustado de plata; un tablero de fondo de jaspe encarnado, estrellado de perlas y topacios, tiene á la derecha y á la izquierda unas consolas donde dos mujeres sentadas y apoyadas en niños, simbolizan la Paz y la



EXPOSICION UNIVERSAL. — Parque extranjero.

El templo egipcio.

El palacio del virey de Egipto.

La mezquita.

Guerra. Los brazos, los piés y las cabezas serán de cristal de roca con incrustaciones de esmaltes y pedrerías, y toda la parte que figura ropaje de plata oxidada. Nada más notable que esta obra magna de la platería contemporánea.

P. A. R.

**El Oriente**

en la EXPOSICION UNIVERSAL

En esa inmensa Exposición, que es un resumen de todo el mundo, ninguna sección como la del Oriente excita nuestra simpatía.

El Oriente posee entre todos los países una superioridad, un prestigio: se separa de nosotros por su industria, por la singularidad y la forma de sus productos; del Egipto á la China y al Japon muestra las civilizaciones más contrarias, es variado en extremo, es para nosotros el mundo de lo inesperado y así es que le hemos examinado escrupulosamente y de cerca con toda la curiosidad que merece. Los que sueñan con viajes, las personas atadas á la cadena siempre demasiado corta de sus ocupaciones, y que piensan en excursiones á las orillas del Nilo ó del Bósforo, no tienen ya por qué quejarse, pues si no han podido ir á Oriente, ese país que han entrevisto tantas imaginaciones, el Oriente ha venido á nosotros con sus palacios, sus samlicks, sus mezquitas y sus okels. ¿Qué falta en el Campo de Marte? El cielo brillante y puro de Constantinopla, la atmósfera ligera luminosa, en donde se dibujan los monumentos orientales; pero á la verdad este sentimiento se borra pronto. La otra noche á las diez estábamos en la Exposición, y mientras los paseantes se dirigían hácia el Circulo internacional, adonde les llamaba la orquesta de Bilse y de Strauss, permanecimos en la soledad del parque egipcio. No sé por qué circunstancia, quizás por la llegada del sultan, la sección de Oriente se hallaba iluminada; el samlick del virey tenía en torno de su cúpula una corona de fuego; la blanca cúpula se destacaba sobre los negros arcos que la sostienen; los fundamentos blancos y negros

del palacio descollaban bañados en luz y sobre cada uno de los florones brillaba una perla de gas.

El okel estaba rodeado de cordones de fuego; luminoso en lo alto, su base se hallaba sumergida en la sombra; la pequeña mezquita de Brusa tenía en lo alto de su minarete un círculo de perlas de fuego; el Bardo, palacio del bey de Túnez, mostraba en plena luz su blanca escalera con seis leones, y sus dos pabellones coronados con sus arcos moriscos: las banderas encarnadas ondeaban sobre sus cúpulas gemelas.

Pasando cerca de una tienda negra con listas rojas, oíamos á lo lejos la voz de los cantantes árabes, acompañados por el rebek, la guitarra, el tabalet-el-bacha y el terbouka.

Seguramente la ilusión era completa y nos decíamos que para ver el Oriente no era ya necesario tomar los vapores del Mediterráneo, sino hacer una visita al Campo de Marte. Con efecto, allí está el Egipto con su pasado mas remoto, un pasado de seis mil años, con su civilización de la edad media, con sus hábitos y sus industrias de nuestros días. Preciso es confesar que ningún país ha correspondido mejor y mas completamente á la idea de una exposición universal que el Egipto. Al paso que ha querido mostrarse como fué, ha querido decir lo que es hoy, y ha llevado á buen fin esta tarea, mediante el concurso del comisario general M. C. Edmond y M. Mariette, el eminente egiptólogo. Ninguna nación ha dado una idea mas completa de si misma, tanto que, cuando las maravillas de la Exposición improvisadas en algunos meses, desaparecían del Campo de Marte, lo que mas sentiremos entre todas las cosas magníficas que hay allí, es ese templo, ese samlick y ese okel, contruidos con la solidez y el cuidado de los monumentos que deben tener largos años de existencia.

El Egipto ha trasportado á Paris su kiosco de Phœli; elevando en el Campo de Marte uno de esos templos que se encuentran en Denderah, Edfon y Esneh, y donde nada falta, ni la puerta triunfal, ni la calle de las esfinges, ni el *secos*, ni la sala interior del edificio, ni las paredes cubiertas de bajo-relieves y de inscripciones. Cuadros inmensos, en los que se leen la religión y la vida de un pueblo; fiestas que nos proporcionan ocasión de conocer las costumbres de Egipto. Allí se caza, se fabrica vino, los marineros bogan por el río, los alfareros trabajan el barro, los escultores cortan la piedra, los barcos en construcción asoman en los astilleros, los enanos hacen collares; mas lejos se ve la pesca, la vida fluvial; mas lejos aun la vida pastoril y agrícola; es la historia del pasado ilustrada.

Como para dar realidad á estas representaciones de la existencia del pueblo egipcio, el templo es tambien un museo que encierra las obras mismas de aquella antigua civilización. Desde la gran expedición francesa, desde que los trabajos de Champollion pusieron á la Europa en relación con la antigua tierra de los Faraones, se han venido formando en los museos soberbias colecciones de antigüedades egipcias. Al presente en el Campo de Marte el Egipto, debía traernos muestras de un arte desconocido en nuestros museos, de un arte arcaico. Para esto ha elegido pues en su soberbia colección de Boulak, cuyos monumentos mas curiosos ha tomado, esa estatua de Chefren, el fundador de la segunda pirámide, y ese personaje que está en pie, ministro sin duda de algun Faraon que vivió hace seis mil años. Admirable estatua de madera que presenta el semblante humano con un poderoso realismo, una obra maestra, con tantas otras obras que nos dan ejemplos del arte acabado de los egipcios en la escultura treinta siglos antes de que Fidias hubiese animado bajo su cincel los mármoles del Pentélico y de Paros. Hay una estatua de alabastro de formas castas y puras, que tiene el látigo en la mano izquierda y en la derecha un bolsillo, de una delicadeza imponderable. Es la estatua de la reina Ameniritis, la hermana de Sabacon, el primer rey de la dinastía etiope. Este monumento tiene toda la belleza de las obras griegas mas concluidas.

Mas habiendo visto ya las obras de los artistas del antiguo Egipto, veamos hora las obras de sus operarios, los productos de lo que llamamos en el día « artes industriales. » Mucho antes que los griegos hubiesen trabajado las primeras piezas de sus armaduras, eran ya excelentes joyeros los egipcios. Sus joyas tienen un aspecto grandioso y mucho ornato, y su trabajo es perfecto. Nada mas admirable que ese aderezo de la reina Aah-Hotep, que descubrió M. Mariette cerca de Tébas. Los brazaletes son de oro, con figuras de oro grabadas sobre un fondo de oro azul claro; las perlas de oro, de lapis, de cornalina, se ensartan en un tisú de oro; las perlas de las armillas forman una especie de mosaico en alveolas de oro. De una de las cadenas, que son de maravillosa figura, cuelgan tres abejas de oro macizo. La reina tenía tachas: tres de oro y seis de plata se hallaron en su tumba; tambien tenía puñales, uno entre otros, de un gusto prodigioso con su pomo hecho de cuatro cabezas de mujer: las incrustaciones son de oro, lapis y cornalina, y la hoja, hecha de un bronce muy duro y negruzco está cargada de inscripciones y de flores labradas.

¿Debemos citar tambien esos collares cargados de animales sagrados y flores simbólicas, ese pectoral, esa urna en miniatura, cuyas figuras son de mosaico de cornalina, turquesa y lapis, esos espejos, esos espanta-moscas, esa barca simbólica de oro macizo con ruedas de bronce y plata maciza? No, porque es imposible hacer tantas citas. Hé ahí el Egipto antiguo, con el samlick penetramos en el Egipto musulman, el de la edad media; con el okel entraremos en el Egipto moderno.

H. L.

### Revista de Paris.

Vamos á abandonar esta vez el movimiento de entradas y salidas de soberanos, para trasladarnos al palacio de Justicia, donde se ha concentrado el principal interés de la semana. El espectáculo que allí tenía lugar, la vista de la causa formada contra Berezowski, autor del atentado contra el emperador de Rusia, habia traído á las puertas del tribunal á una multitud inmensa, pero pocos fueron los que pudieron tener entrada en la sala. En esta concurrencia se notaban bastantes rusos y algunos emigrados polacos.

Encima de una mesa estaban el cuerpo del delito, la pistola con que se cometió el atentado, y un paquete de libros que fueron ocupados en casa del acusado. Entre ellos habia un tomo titulado: *Estudios sobre Polonia*, por Casimiro Wolowski, profesor del Colegio de Francia. La página 80 de este libro tenia algunas anotaciones. En dicha página se lee *Juramento de Kelemki*, y la nota se refiere á estas palabras: « Me obligo á preparar todos los medios posibles para que la insurrección se lleve á feliz éxito. »

A las diez y media se presentó Berezowski, un jóven alto, pálido y moreno, de frente despejada y aire melancólico. La herida que le causó la explosión de la pistola no está curada todavía, y así es que lleva vendado el brazo. En su actitud no habia ni abatimiento ni arrogancia.

Hasta que cometió el atentado del bosque de Boulogne, la conducta de Berezowski habia sido sin tacha. Nada ha podido descubrirse que perjudicase á su moralidad. Nunca iba á diversiones públicas, ni frecuentaba cafés ni tabernas. Era muy religioso, algo taciturno y muy honrado; por punto general pasaba las primeras horas de la noche leyendo y estudiando. Durante algunos meses fué á un colegio de Paris para perfeccionar su instrucción, y en todas partes se distinguia por su apacible carácter. En los talleres en que trabajaba se decia de él: Tiene las maneras y la delicadeza de una señorita.

Aunque ya hemos dado á conocer á nuestros lectores los detalles del crimen, vamos á insertar á continuación la parte de la acusación fiscal donde se relata:

« El día 6 muy temprano, despues de almorzar y de haber fabricado dos balas, pues las que tenia le parecieron de poco calibre para los cañones, fué á tomar en Batignolles el tren que le condujo al bosque de Boulogne. Antes de entrar en la estación bebió un vaso de vermut en casa de un comerciante de vinos, compatriota suyo, en cuyo poder dejó depositado un paletot y una *Historia de Polonia*. Estaba marcada la página donde se habla del juramento de Kelemki.

Llegado á Longchamps, vió á los soberanos al frente de las tropas, sin poder aproximarse á ellos; pero el tumulto consiguiente al final de todo acto de esa especie, debia proporcionarle ocasión de ejecutar el crimen.

Colocado en las altas cuestas de la cascada, pudo ver los movimientos del carruaje imperial y dirigirse rápidamente hácia el lado donde marchaba, poniéndose allí en observación.

Desde allí vió el carruaje de los emperadores dirigirse al paso hácia la alameda de la Virgen, y fué apresuradamente por medio del bosque hácia aquel lado, llegando antes que el coche á la union de la alameda de la Virgen y el camino de los Depósitos.

Oculto detrás de las filas de los curiosos, apoyó el brazo derecho sobre el hombro de un hombre que tenia delante, llamado Bonneau, y con ambas manos hizo fuego á la vez.

Hubiera habido por lo menos una víctima sin el concurso providencial de la circunstancia que hizo fracasar la tentativa. Se ha demostrado en efecto por la altura de la herida hecha al caballo del señor Raimbeaux, y por la posición que el animal ocupaba relativamente á Berezowski, que si la bala que le hirió no hubiera tropezado con aquel obstáculo, hubiera herido en el pecho á uno de los dos soberanos.

Si la segunda bala hubiera salido, entonces no pueden calcularse los tristes efectos de ello, teniendo en cuenta la separación que se produce de ordinario en los dos proyectiles de una pistola.

Berezowski ha confesado todos los hechos que se refieren á los preparativos y ejecución del crimen, y sostenido que solo era su intento herir al czar, limitándose en lo demás á dar un aviso al emperador y á la Francia. En cuanto al czar, ha dicho, en los términos mas violentos, que no ha hecho sino cumplir su deber, y ser fiel al juramento que se hizo á si mismo á la edad de diez y seis años. Se reconoce culpable, pero solo respecto á la Francia, al faltar á las leyes de la hospitalidad con que le acogiera.

Respecto de la Rusia, dice que la guerra no ha cesado con la Polonia, y que ella le daba derechos que no ha traspasado y que siente no haber satisfecho, como lo haria de nuevo si pudiera.

El crimen cometido por Berezowski ha causado en toda la Francia un sentimiento de horror, y conmovido de indignación á todos los corazones generosos. Por eso se hace desear la hora del castigo. »

El mismo documento consigna los datos recogidos sobre Berezowski, de los cuales resulta que combatió con los insurrectos polacos en 1863, que luego se retiró á Galitzia, donde pasó un año, y posteriormente á Bélgica y á Francia. A principios de 1865 se presentó en Paris pidiendo socorros.

Sin embargo, en Paris buscó trabajo y hallábase ocupado en los talleres de la casa de Gouin cuando supo que el emperador Alejandro se proponia visitar la Exposición, y entonces (30 de abril) abandonó la fábrica, porque sin duda le preocupaban ya sus criminales proyectos. Con efecto, el 1º de junio esperaba en la estación del ferro-carril del Norte la llegada del czar.

Viendo Berezowski que el emperador Alejandro se abandonaba completamente á la lealtad de la población, le pareció que podia realizar su intención fácilmente, y bajo este concepto, estuvo en la noche del 4 de julio á la puerta de la Opera, esperando la salida de SS. MM.; mas no siéndole posible cometer entonces el crimen, lo dejó para el día de la revista.

Con los 35 francos que recibia como subsidio mensual del gobierno francés, compró lo que necesitaba, esto es, la pistola y el instrumento para fabricar las balas.

Todo esto ha sido confesado por el reo, mas en todas sus declaraciones ha manifestado que su objeto era únicamente asesinar al czar, dando al mismo tiempo á Napoleon un aviso en cabeza del emperador Alejandro. Su lenguaje acusaba el fanatismo mas violento.

Recordó este juramento que hizo á la edad de diez y seis años: « La guerra no ha dejado de existir entre Rusia y Polonia: ella me da derechos que no he traspasado, y lo único que deploro es no haberme salido con la mia. »

Así como se habia manifestado ante el juez instructor, así se manifestó ante los jurados.

Su idea fija era matar al czar, tanto por todo lo que ha hecho, como para impedir « que cometiera el sacrilegio de pisar el territorio francés. » No pensaba precisamente en este asesinato cuando se hallaba en Polonia, porque sabia muy bien que era imposible; pero no vaciló en cuanto vió la posibilidad de realizar su propósito en Francia.

El procurador general, M. de Marnas, pidió contra Berezowski la severa aplicación de la ley, y el defensor, M. Arago, hizo un discurso hábil y elocuente, para demostrar que el acusado estaba poseído de los sentimientos mas generosos, el amor á la patria, á la familia y á la religión. « Señores, añadió, si es verdad que ha traducido tan nobles sentimientos con un acto culpable, tambien lo es que al cabo y al fin no ha habido derramamiento de sangre. »

El jurado declaró la culpabilidad, mas habiendo sabido encontrar circunstancias atenuantes, Berezowski fué condenado á cadena perpétua, con gran sorpresa de los que esperaban que un crimen como el suyo solo debia expiarse en el cadalso.

Los cronistas de la Exposición universal nos anuncian una novedad importante. Parece ser que un americano, llamado M. Beckway, va á inaugurar próximamente un restaurant llamado sin duda alguna á excitar la atención del público en alto grado. M. Beckway, hombre acaudalado, se dedica hace largo tiempo á enseñar habilidades á los monos, y dicen que posee ya unos veinte, cuya enseñanza ha exigido infinitos cuidados, pero que en el día no deja nada que desear.

Ahora bien, de estos veinte ha traído á Paris siete ú ocho de los mas inteligentes, que harán el oficio de mozos en la nueva fonda.

Añádese que ya se ha hecho el ensayo de sus ejercicios, y que á la verdad es un espectáculo curioso.

En cuanto entra un parroquiano, los monos, vestidos brillantemente, acuden á él, le quitan el sombrero, y una vez que ha tomado asiento le presentan la lista y esperan sus órdenes con la servilleta debajo del brazo.

De esta lista cuelga un lápiz, con el cual el parroquiano pide lo que desea, marcando con un rasgo los platos que se le antojan. Terminada esta operación, el mono se apodera de la lista, que se lleva á la cocina y luego vuelve á pasos contados armado del primer plato, que deja encima de la mesa con una gravedad sumamente cómica.

Con las señoras se muestran muy atentos, haciendo gestos y mas gestos, y apresurando el servicio. Al concluir la comida se pronuncia la palabra *bill*, y al punto aparece el mono con la cuenta.

Lo que pelagra con estos sirvientes de nuevo género son los postres. Si M. Beckway no anda listo, jamás llegan á manos del parroquiano.

No tardaremos pues en verlos á la obra.

A propósito de las curiosidades de la Exposición, tambien hablan los diarios de un anciano que aparece allí todos los días con una regularidad extraordinaria.

Este hombre va solo siempre.

Á eso de las doce se sienta en un banco del parque, saca de su bolsillo un panecillo y una botella y almuerza. A las seis de la tarde hace otro tanto, y en este intervalo se ocupa en cruzar en todos sentidos la inmensa superficie del Campo de Marte, siendo siempre el último que se marcha.

Lleva constantemente en la mano un voluminoso libro de memorias y un lapicero, y toma apuntes de todo.

No se crea que este hombre es un maniático vulgar; por el contrario, da muestras de poseer grandes conocimientos que pasan á todos cuanto le hablan. Posee cinco idiomas, y se le ha visto discurrir con algunos mecánicos acerca de máquinas, de ejes, de volantes, de encajes de ruedas, etc.; en la sección de bronce ha sostenido discusiones como hombre que ha visto todos los originales de este grande arte; y ha dejado sorprendidos á los agrónomos con sus observaciones sobre lo expuesto en esta materia.

Hace pocos días pidió permiso para probar uno de los pianos que figuran en las galerías, y tocó una pieza sobre motivos del *Profeta* con tanta maestría, que se agruparon

á oírle mas de quinientas personas. Al terminar hizo tocante al piano algunas observaciones con tal precision técnica, que pudiera creerse que habia sido toda su vida fabricante de pianos.

Una de las extrañezas de ese desconocido es su manía de saber el precio de todo; así es que no repara en preguntar á los joyeros el precio de adornos de gran valor, de 500,000 francos por ejemplo. Discute con ellos, averigua si se le podría hacer alguna rebaja, toma sus apuntaciones, saluda cortésmente y se marcha.

Todo el mundo pregunta quién es este hombre singular á quien nadie conoce y que no se sabe de qué pais es ni dónde vive.

Un empleado de la Exposicion que le ha visto varias veces, y que uno de estos dias acertó á salir al mismo tiempo que él del Campo de Marte, vióle atravesar á pié el puente de Alma, entrar en una de esas calles desiertas del barrio de Francisco I y subir allí en un elegante cupé particular que le estaba esperando y que echó á andar muy aprisa.

Dejando ahora la Exposicion y sus curiosidades, nos trasladaremos á la explanada de los Inválidos, donde en presencia de un numeroso público, ha tenido lugar la segunda ascension científica del *Gigante*.

Lo mismo que la primera vez, mientras llenaban de gas el inmenso aparato, soltaron globos de ensayo al sonido de la música militar, para que no perdieran la paciencia los espectadores.

Cuando llegó la hora, entraron en la casa de mimbre los señores Simonin, Fonvielle, Brioux, el capitán d'Artois y su ayudante.

Esta vez Nadar se quedó en tierra.

A la salida hubo un accidente. La casa de mimbre, levantada ya á diez metros del suelo, volvió á caer, y casi tocó la tierra. Todos los viajeros se apresuraron á arrojar lastre, pues el globo, impelido por un viento ligero de sudoeste, se dirigia hácia los árboles de la explanada que ocultan el ministerio de Negocios extranjeros, y sin embargo de esto, el globo se enredó en los árboles, y la casa de mimbre desapareció casi completamente en medio de un pánico general. Por fortuna los cordajes quedaron libres, y muy luego la gigantesca máquina pudo tomar su vuelo á los aplausos de la muchedumbre.

El viaje no fué feliz. Al cabo de una porcion de contratiempos, el globo cayó en July, cerca del ferro-carril. El historiógrafo de esta segunda ascension, M. W. de Fonvielle, hace el siguiente balance: globo agujereado, dos contusiones, una cabeza lastimada, instrumentos meteorológicos hechos pedazos.

Una curiosa revelacion nos ha hecho la semana pasada el periódico el *Norte*. Abdul-Aziz se ha dejado pintar y fotografiar tan á menudo como cualquier otro monarca europeo, y sin embargo, su hermano y predecesor Abdul-Medjid no infringió una sola vez en toda su vida la prohibicion musulmana.

Un solo pintor francés, llamado Porthé, y que alcanzó gran celebridad en Constantinopla, pudo obtener permiso para hacer un retrato del sultan con el mayor secreto.

Era una miniatura en marfil.

Abdul-Medjid mandó construir un estudio especial para su pintor, quien acudia de incógnito á retratar en la intimidad á su augusto modelo.

Nadie sabia la existencia de semejante estudio.

Un dia que Porthé atravesaba el patio del palacio de Dolma-Bagiché, el sultan, que le distinguió desde una ventana, le llamó con el ademán y con la voz, y el artista se disponia á obedecer sus órdenes, cuando vió que los eunucos que estaban de guardia en el patio le hacian señales terribles para darle á entender que se alejara.

Abdul-Medjid, que no era hombre paciente y que comenzaba ya á abusar de la bebida, que fué una de las causas del quebrantamiento de su salud, llamó de nuevo al pintor con expresion de ira.

Entonces el artista obedeció, mas apenas hubo entrado, cuando los eunucos retrocedieron de espanto, y cubrieron de imprecaciones al malhadado visitante. Con efecto, habia entrado en el harem, estando allí el sultan con sus mujeres. El pobre pintor huyó asustado con la temeridad que habia cometido.

Al otro dia el sultan mandó que le entregasen la cantidad de 40,000 francos, y aquella misma tarde Porthé se puso en camino para Francia.

Porthé vivió retirado y olvidado en Marsella, donde ha muerto pobre, dejando á un amigo el famoso medallon de marfil que habia traído y concluido en Francia. Dicen que es una obra maestra de parecido y de finura: la afeminada fisonomía de Abdul-Medjid revive en esta miniatura tan preciosa.

Ahora bien, el dueño de este recuerdo acaba de marchar á Londres á fin de ofrecer á Murad-Effendi, hijo de Abdul-Medjid y heredero presuntivo del imperio otomano, el único y misterioso retrato de su augusto padre.

El domingo último ha tenido efecto en el palacio de la Industria de los Campos Elíseos, el gran concurso europeo de las músicas militares. La afluencia de gente fué tan extraordinaria, que despues de lleno el inmenso recinto del palacio, hubo que cerrar las puertas, y se quedaron fuera miles de espectadores.

Las bandas de música que han tomado parte en esta gran fiesta, eran las siguientes:

España: la música de ingenieros con 64 ejecutantes. — Bélgica: la de granaderos con 59 ejecutantes. — Holanda: la de granaderos y cazadores con 56 ejecutantes. — Gran

ducado de Baden: la de granaderos de la guardia con 54 ejecutantes. — Baviera: la del 1er regimiento de infantería con 51 ejecutantes. — Austria: la del regimiento del duque de Wurtemberg, núm. 73, con 76 ejecutantes. — Prusia: la del 2º regimiento de la guardia real y la de los granaderos de la guardia núm. 2 con 90 ejecutantes. — Rusia: la de los caballeros-guardias con 76 ejecutantes. — Francia: la de la guardia de París con 56 ejecutantes, y la de los guías con 62 ejecutantes.

Cada música tocó una pieza á su eleccion y la obertura de *Oberon*.

La reparticion de premios designada por un jurado compuesto de veinte y dos miembros, la mayor parte franceses, bajo la direccion del general Mellinet, dará á conocer cómo se ha juzgado el mérito respectivo de las diferentes bandas:

1er gran premio (medalla de 5,000 francos elevada á 7,500 francos): repartido entre el Austria, la Prusia y la guardia de París.

2º gran premio (medalla de oro de 3,000 francos): guías (Francia), Rusia y Baviera.

3er gran premio (medalla de oro de 2,000 francos): Países Bajos y Gran ducado de Baden.

4º gran premio (medalla de oro de 1,000 francos): España y Bélgica.

No hay para qué añadir que todas estas músicas compuestas de verdaderos profesores de todos los paises, con los uniformes de gala, fueron saludadas á su presentacion, y muy aplaudidas en las brillantes piezas que ejecutaron.

MARIANO URRABIETA.

### El sueño del entierro.

Una madre tiernamente formada de alma y cuerpo, al arrojar á un aposento, de donde salian voces de ayuda, por haberse encendido una vasija de espíritu de vino que se habia derramado por el suelo, resbaló, y cayó en el espíritu quemante y corrosivo, y murió de resultas, tras un mes de padecimientos. Es de saber además que ya habian muerto dos hijos suyos, y que sus hijas solas acompañaron su cuerpo en el entierro de la mañana. La forma de esta relacion se funda en la creencia, popular en Alemania, de que si una persona, en la noche de año nuevo, traza un círculo en torno suyo en una encrucijada, juguetearán todo el año delante de ella espíritus en forma de vapor.

Sigamos entretegiendo siempre variados sueñecitos para agregarlos al gran sueño de la vida; y vosotros, amigos queridos, admitid con benevolencia el sueño que aquí os presento.

Soñé que me hallaba en el cementerio en la noche de año nuevo, cuando la creencia anda buscando en sus círculos ataúdes y llamas en los techos de las casas.

Los futuros sepulcros del año estaban abiertos á la manera de lechos de descanso, y estaban vacíos, y colocados en hileras que se extendian á larga distancia.

Iba pasando un pardo día de invierno tras otro, y precipitaba á sus muertos en la mas fresca gruta de esta bochornosa vida... Yo no conocia á los que se hundian en los sepulcros.

Llegaron despues los claros dias de primavera, y se portaron con mayor aspereza, y llenaron los lechos abiertos de la muerte, ora con un padre, ora con una hermana, ora con un amigo; de cuando en cuando deslizábase de entre dos brazos un pequeño ataúd de niño á la segunda cuna de la vida, cual si fuera el cáliz de una flor; y yo empecé á meditar con suave dolor: Preciosas criaturas, ¡cuán alegremente os enfriais en el ventisquero de la vida, y con qué contento os dejais caer en vuestra última y mas blanda almohada llena de flores! ¡Ah! la cruz, que tantas heridas os abriera, está ahora pintada y nada mas, en vuestro pequeño túmulo.

Mas yo no conocia á ninguno de aquellos á quienes los dias de la primavera tiraban á la huesa entre el clamoreo de las campanas.

Apareció luego una mañana nublada y muda, que llevaba su forma tapada en su ataúd, y detrás de la forma tapada, andaban vacilantes unas figuras vestidas de blanco, estrechamente veladas y mudas; la bóveda se oscureció aun mas y abrióse el ataúd.

¡Oh! un grito de horror se exhaló entonces de todos los corazones, y conocí á la desventurada y á la difunta.

— ¡Tú, forma marchita y tranquila, cuyos ojos están cerrados para siempre, pero tambien para siempre enjutos, cómo vas tan destrozada debajo de la tierra! ¡Cómo te estubo sajando tan redobladamente la muerte á tí, tierna flor, y antes no te remató! ¡Ay de mí! en torno de tus labios vino á petrificarse el dolor en tu postrer aliento, y tu mano está ensangrentada, cual si por largo tiempo la hubieses tenido aferrada á la helada cerradura de la puerta de la muerte, y retirádola despues mal herida. Con todo, mas quiero contemplarte á tí, ya tranquila, que á tus amigos, en quienes tan al vivo se reflejan en un solo pensamiento todos tus padecimientos; mas quiero mirarte á tí que á tu hermana, que tan gustosa participaria de tu presente y tan profunda noche de sueño, como participó de tus anteriores noches desveladas; mas quiero mirarte á tí que á tus cariñosos hijos, que, cegados por el llanto, están contemplando el frio túmulo de tierra que se interpone

entre el corazón de su madre y sus tiernos y amantes corazones.

Y se me enturbió la vista, y desplomándose las nubes se posaron pesadamente como un paño sobre la escena de luto y los desconsolados seres; y nublóse todo como una vida. Mas de repente tembló la nube, anchamente cuarteada por unos rayos, de cuyo sol nada sabe el hombre; patentizóse el azulado cielo lleno de brillantez de amor, y chupaba con tibios céfiros las flores de la pesada tierra del túmulo.

Surgieron del sepulcro dos altas azucenas. Dos primaveras se fueron corriendo amorosamente la una al encuentro de la otra, y mecieron con sus soplos las azucenas hasta que echaron á volar las hojas de sus capullos á lo alto, y las recogieron dos ángeles que bajaron del cielo.

Cerniéronse luego los ángeles encima del sepulcro, acercándose á él mas y mas; saliendo del mismo mas y mas flores; abrióse despues; levantóse la madre; los ángeles eran sus dos hijos, los cuales estaban echados sobre el regazo de su madre, que la muerte habia curado de la vida.

— ¡Oh! ¡bien venida! dijeron; ¡bien venida á nuestra tierra de reposo, madre harto martirizada! aquí curará tu vida mas blandamente, y aquella blanca mortaja es el vendaje postrero y el mas suave para tus llagas terrenales. No mires tanto rato á la tierra, donde te están llorando; en la eternidad vuelan los dias de otro modo; y no hace mucho que de tí nos separamos, querida madre, y la eternidad hermosa atrae á sí todo lo querido.

† † †

No diré, amigos míos, que desperté, por cuanto no fué aquella aparición un sueño. Mas tampoco lo fué el consuelo; pues Dios puso en todo pecho una flor inmarcesible para todo sepulcro de la tierra.

EL DOBLE JURAMENTO DE ENMIENDA.

Era Enrique un jóven de quince años, esto es, lleno de buenos propósitos, que raras veces cumplia, y lleno de defectos, de que se arrepentia todos los dias; él queria entrañablemente á su padre y á su maestro; pero mas queria sus gustos; de buena gana hubiera sacrificado por entrambos su vida, mas no su voluntad; y su fogoso espíritu no le arrancaba á él menos lágrimas que á las personas á quienes queria.

De este modo iba vagando su vida dolorosamente entre el pecado y el arrepentimiento, hasta que por último su largo fluctuar entre sus buenas resoluciones y sus recaídas desahució de toda enmienda, no solo á sus amigos, sino tambien á él mismo.

Acosaba ya sin fregua al mal herido corazón del conde su padre el triste presentimiento de que, en la universidad y en sus viajes, donde los falsos senderos del vicio se van volviendo mas y mas floridos y resbaladizos, y de donde no habria ya ninguna mano que le retrajese, y no se oiria tampoco la voz de un padre que le llamase atrás, se precipitaria Enrique de uno en otro yerro y regresaria finalmente con el alma contaminada que malogró su pura belleza, y hasta el reflejo de la virtud, el arrepentimiento.

El conde era de indole blanda, tierna y religiosa; pero de complexion débil y enfermiza.

El sepulcro de su esposa se hallaba, por decirlo así, debajo del suelo de su vida, y socavaba todos los pensiles donde iba buscando flores. Enfermó él una vez en el dia de su natalicio, quizás á consecuencia del mismo, por no poder su lastimado pecho sufrir un dia en que con mayor fuerza late el corazón en él.

Mientras iba recobrando de un desmayo para caer en otro, entró su hijo en la pequeña glorieta donde estaban el sepulcro de su madre y el otro vacío que su padre habia mandado construir para sí durante la temporada de luto; y allí juró Enrique al espíritu de su madre guerra sin tregua á sus ímpetus de enojo y á su voraz anhelo por los placeres. El natalicio de su padre le estaba diciendo á gritos:

«La delgada tierra que sostiene á tu padre y le separa del polvo de tu madre, se hundirá muy pronto, quizá dentro de poquísimos dias; y entonces morirá él conturbado y sin consuelo; y se llegará á tu madre, y no le podrá hablar de tu enmienda.»

¡Oh! aquí fué el llorar amargamente; pero, desdichado Enrique, ¿de qué sirven tus lágrimas y tu desconsuelo sin tu enmienda?

Al cabo de algunos dias pudo levantarse su padre de la cama, y en medio de su enternecimiento y esperanza, apretó contra su calenturiento pecho al jóven arrepentido.

Estaba Enrique ebrio de gozo y de dicha con el recobro de su padre y el beso que le dió; pero volvióse mas desatentado y discolo que antes; su maestro, que trataba de contrarrestar con medios enérgicos la enfermedad blandura del padre, se opuso á aquellos ímpetus. Enrique desobedeció fieramente sus mandatos, que no tenia por paternales; y al repetirlos el maestro de un modo terminante, Enrique, furioso, malhirió el corazón y el honor del amigo que le contrarrestaba; y aquella rebelion contra su maestro penetró como una saeta envenenada en el lastimado corazón de su padre, el cual, rendido por la herida, volvió á caer en el lecho del dolor.

No trato ahora de pintaros, hijos míos, ni el desconsuelo de Enrique, ni su pecado; pero incluid, si, en el severo fallo que merecen sus faltas las que vosotros

mismos habeis acumulado quizá en vuestra conciencia. ¡Ah! ¿qué hijo puede acercarse al lecho mortuorio de sus padres, que no tenga que decirse: «Aunque no haya yo quitado á su vida ninguno de sus años, es muy positivo que les cuesto semanas y días. ¡Ay de mí! quizá he motivado yo mismo ó aumentado los quebrantos que ahora quisiera yo mitigar; y esos ojos queridos, que tan alegremente estarían contemplando la vida una hora mas, mis faltas solas los cierran antes de tiempo.»

Pero el insensato mortal está pecando tan osadamente, porque se le encubren sus matadoras consecuencias; él desaherroja las voraces fieras que en su pecho tiene enjauladas, y allá las suelta de noche contra el linaje humano, sin advertir que los monstruos desmandados se abalanzan sobre tantas personas inocentes y las hacen pedazos.

Con la mayor frescura arroja el hombre fiero las quemantes ascuas de sus pecados en torno suyo; y solo despues que está yaciendo en la huesa, arden tras él las chozas incendiadas por las chispas que él diseminó; y su columna de humo pasa, como una pirámide infamante, á su sepulcro, sobre el cual se levanta para siempre.

Tan pronto como su padre quedó desahuciado, no pudo Enrique contemplar por mas tiempo su moribundo cuerpo; quedóse en el aposento contiguo, y mientras que convulsiones y desmayos estaban jugando con la vida de su padre, se echó de rodillas como un delincuente, sin moverse, y con los ojos fijos ante el porvenir y la sajadora exclamacion: ¡Ha muerto!

Por último, hubo de acercarse al moribundo padre para despedirse de él y recibir su perdon; pero su padre le devolvió su amor solamente y no su confianza, y dijo:

— Enmiñdate, hijo mio, mas no lo prometas. Estaba Enrique echado en el aposento contiguo, rendido por el dolor y la vergüenza, cuando oyó, cual si despertara, á su anciano maestro, que tambien lo habia sido de su padre, bendiciéndole, como si ya envolviera la larguísima noche aquella vida.

— ¡Muere blandamente, ser virtuoso y fiel discípulo! Todas las buenas resoluciones que tú cumplistes, todas tus victorias sobre tí, y todas tus buenas obras han de pasar en este momento, cual brillantes y rojas nubes vespertinas, por el crepúsculo de tu muerte; espera todavía en tu hora postrera por tu desdichado Enrique, y sonríete, si me oyes, y si hay todavía un arbo en tu sajado corazon.

El pobre enfermo no pudo dominar el pesado hielo de la insensibilidad que se arrollaba encima de él; sus confusos sentidos tuvieron la voz del maestro por la de su hijo muy querido, y tartamudeó de esta manera:

— ¡Enrique! yo no te veo; pero te oigo; ponme la mano encima, y jura que te enmendarás.

Allá se abalanzó el mozo para proferir el juramento; pero el maestro le hizo una seña, y puso la mano sobre el corazon que se helaba, y dijo en voz baja:

— Lo juro en tu nombre. Pero de repente sintió que el corazon estaba muerto, y que descansaba del largo movimiento de la vida, y dijo:

— Huye, joven desdichado: ¡ha muerto sin esperanza!

Huyó entonces Enrique de la quinta; pues ¿cómo hubiera podido contemplar un desconsuelo que él mismo habia acarreado á los amigos de su padre, ni tomar parte en él?

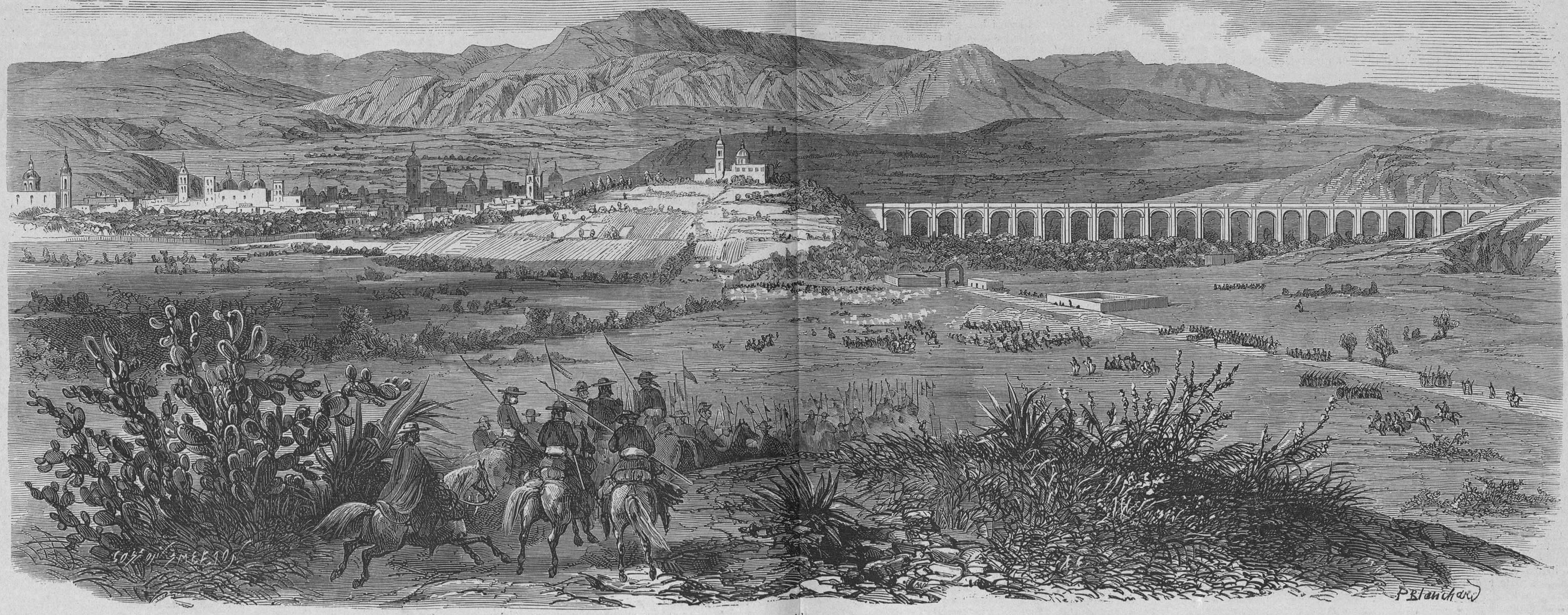
Vacilante y sollozando, entró en la glorieta, y vió los blancos monumentos que interceptaban, como pálidos esqueletos, la verde enramada: mas no tuvo valor para tocar el sitio vacío donde habia de dormir su padre: apoyóse pues, en la segunda pirámide, que cubria un corazon que no habia muerto por culpa suya, el de su madre, el cual ya desde largo tiempo estaba parado en el polvo del descompuesto pecho.

No osó llorar ni jurar, sino que mudo y sajado, llevó su dolor mas allá. Saliente por todas partes al encuentro recuerdos de su pérdida y de su culpa; cada niño que corria hácia su padre con las espigaduras de los campos, mientras las levantaban en alto, era para él un recuerdo de su culpa; todo tañido de campanas era el clamoreo por los difuntos; toda zanja era un sepulcro: todo índice horario señalaba la hora postrera de su padre.

Regresó finalmente Enrique



MEJICO. — Plaza del Mercado en Querétaro.



La Alameda. San Francisco. Vista general de Querétaro tomada de las alturas del campo de maniobras durante el último sitio. Convento de la Cruz.

á su casa; pues tras cinco mortales días llenos de dolor y arrepentimiento, deseaba estar de vuelta y al lado del amigo de su padre, y consolarle con los primeros frutos de su mudanza.

El hombre celebra para los queridos de su corazon una festividad mas hermosa, cuando enjuga las lágrimas ajenas que cuando derrama las propias; y la mas bella guirnalda de flores y ciprés que colgamos de los monumentos queridos es una guirnalda de frutos de buenas obras.

No queria el jóven entrar antes de muy anochecido, con su rubor de vergüenza, en la casa del quebranto. Mientras atravesaba la pequeña glorieta, presentósele la blanca pirámide del sepulcro de su padre entre vivas ramas, al modo que la parda nube de una aldea, reducida á cenizas, va nadando por el azulado y purísimo cielo.

Reclinó la cansada cabeza contra la dura y fria columna, y solo pudo llorar con sonido cóncavo y mudo, y ni un pensamiento atravesaba su corazon despedazado. Allí estaba el jóven abandonado: no se alzaba ninguna voz suave que le dijese: «¡No flores mas!» Ningun corazon paternal se derretia para decirle: «¡Harto castigado estás!»

El vaiven de las copas de los árboles parecia ser una airada reconvenccion, y la oscuridad un abismo. Aquella pérdida, tan irreparable en su naturaleza, se espaciaba anchamente en torno de él, como un mar que jamás se mueve ni mengua. Por último, despues de haber derramado una lágrima, diviso una suave estrella en los cielos que, cual el ojo de un espíritu celestial, le estaba mirando dulcemente al través de la verde enramada. Internóse entonces en su pecho un dolor mas suave, y pensó en su juramento de enmienda quebrantado por la muerte, se dejó caer de rodillas, y alzando la vista hácia la estrella, dijo:

— ¡Oh! ¡padre, padre! (durante largo rato ahogó la voz la intensidad del dolor), aqui yace tu hijo desdichado sobre tu sepulcro, y te lo jura. ¡Si, espíritu puro y piadoso, yo me enmendaré, admíteme otra vez en tu carino! ¡Ah! ¡asi pudieses tú enviarme una prenda de que me has oído!

Percibióse en aquel punto un rumor de hojas á su lado; una figura grave fué apartando las ramas, y dijo: — Yo te he oído, y vuelvo á esperar.

Era su padre. Aquella cosa intermedia entre la muerte y el sueño, hermana de la muerte, el desmayo, le habia conferido nuevamente la vida, como un profundo y saludable sueño, librándole de la muerte.

— ¡Padre bondadoso! y aun cuando la muerte te hubiese llevado al resplandor del otro mundo, no hubiera tu corazon latido de mayor júbilo ni rebosara mas dulcemente, que en aquel minuto de resurreccion, cuando tu hijo, cambiado por el dolor mas acerbo, dejó caer sobre tu pecho el suyo mejorado, y te devolvió la mas bella esperanza de un padre.

Pero mientras cae el telon sobre esta corta escena, os preguntaré yo ahora, queridos jóvenes, que me estais oyendo:

— ¿No teneis padres á quienes no habeis dado hasta ahora las esperanzas mas halagüeñas?

Pues entonces, os recuerdo, como un caso de conciencia, que llegará un día en que no os cabrá ningun consuelo y prorrumpireis:

— ¡Ah! ellos me querian tanto, y yo les dejé morir sin esperanza; yo fui su última congoja.

(Traducido de Richter, por A. B. de C.)

**Querétaro.**

La ciudad de Querétaro tendrá nombre en la historia: la ejecución de Maximiliano la ha dado una fama que atrae en este momento hácia ella las miradas del mundo entero.

Bajo este concepto, los dos dibujos que nos comunican nuestros corresponsales ofrecen en el día un interés especial.

Querétaro, capital de la provincia de este nombre, es uno de los mas importantes centros de Méjico. Situada en la vertiente de una colina, se encuentra abrigada al Norte y al Sur por una montaña, desde la cual la vista se extiende sobre un valle de una hermosa



vegetación y sobre magníficas campiñas regadas por canales subterráneos y por conductos que sirven á la vez para el riego y para el consumo de agua de mas de dos mil casas. Uno de estos conductos es un acueducto notabilísimo que cuenta mas de 40 arcos de 20 metros de altura.

Querétaro comprende dos parroquias y posee seis conventos de hombres, tres de mujeres y un hospital. Dista de Méjico 180 kilómetros.

La vista que ofrece nuestro segundo dibujo permite formarse una idea de los puntos mas importantes de la ciudad, y de un modo particular señalamos la Alameda, el convento de San Francisco y el convento de Santa Cruz, donde tuvo lugar el terrible drama de la traición de que Maximiliano ha sido víctima.

El otro dibujo representa la plaza del Mercado en Querétaro. La ruina que se distingue en medio de la plaza proviene del antiguo convento de San Francisco y sirve hoy de fuente. Esta es la plaza principal y el lugar ordinario de las ejecuciones. Si el suplicio del emperador ha sido público, sin duda ha debido efectuarse en esa plaza y contra la pared del convento de San Francisco.

P. P.

## Revista de la moda.

El figurin que acompaña á este número representa, como de costumbre, los trajes mas elegantes de modas masculinas que se han dado á luz para esta temporada.

La primera figura lleva un traje de vestir para de día, y cuya pieza principal es un frac á la francesa. Este frac, hecho de paño negro, no tiene mas que una hilera de botones, y deja á descubierto el pecho por medio de unas solapas abiertas hasta el talle.

En cuanto á los accesorios de esta prenda, citaremos la ausencia de carteras y de bolsillos en las cadenas, y la novedad de las bocamangas.

Visto por detrás, se ajusta sin exageracion.

El chaleco es de género imperial blanco, y su forma de chal reducido.

El pantalon de rayas está cortado angosto.

Sigue el traje inglés por excelencia, esto es, un traje todo de la misma tela.

Dibujado principalmente para la espalda, es fácil darse cuenta de la forma corta del chaqueton; en cuanto al delantero, lleva una ó dos hileras de botones, á voluntad, así como están admitidos igualmente el género abotonado y el género abierto.

Con este traje, el chaleco que se prefiere es alto y derecho.

Pantalon angosto, con una lista en la costura de los lados.

La última figura ofrece un traje completo de tela imperial blanca.

La chaqueta va cerrada con el boton de arriba, en tanto que el cuello muy bajo y bastante estrecho en la caída, deja suelto el cuello para que se vea bien la camisa. Los delanteros se redondean, y á los lados hay bolsillos.

Vista por la espalda, esta chaqueta está cortada derecha, sin costura en medio, al menos en lo posible.

Chaleco sin cuello, cerrado muy alto.

Pantalon algo estrecho con lista en las costuras exteriores.

## El ángel de los Williams.

### I.

WILLIAMS BARBA-LARGA.

Libre ya Ricardo Corazon de Leon del poder del emperador de Alemania, de quien habia sido prisionero por espacio de dos años, apenas hubo recobrado el trono á su llegada á Inglaterra, le embargó el proyecto de vengarse de sus enemigos. El primero á quien resolvió castigar fué Felipe, rey de Francia, cuyas calumnias y ocultos manejos no solamente habian dilatado aquel cautiverio, sino que habia tambien procurado por todos los medios posibles alterar la paz de que á la sazón disfrutaba la Gran Bretaña. Partió pues para la Normandía, quitó á su hermano Juan el mando de aquella provincia, y no tardó en ver salir á su encuentro fuerzas considerables capitaneadas por el rey su enemigo. Ocurrió entonces un encuentro en Saintonges, cerca de Niort. Durante la noche acamparon los dos ejércitos á la vista uno de otro, separados tan solo por un riachuelo, y al amanecer del día siguiente entrambos se dispusieron para la pelea.

Montaban los jinetes sus caballos é iban los peones buscando los lugares mas á propósito para vadear el rio, cuando de repente oyeron aquellos guerreros con la mayor sorpresa levantarse un cántico religioso entre los dos campamentos y vieron desfilar una numerosa procesion de obispos, abades, clérigos y religiosos de

diferentes órdenes. Llegados á la orilla del rio, se detuvieron, y despues de haber erigido un altar de césped y colocado encima el Santísimo Sacramento, se pusieron todos de rodillas y cantaron los salmos. Cuando hubieron terminado aquellas públicas rogativas, los obispos de Niort y de Troyes dieron su bendición á los soldados y se encaminaron, el uno á la tienda del rey de Francia, y el otro á suplicar al de Inglaterra que difiriese un combate que iba á sembrar la desolacion en aquel pais y á causar la muerte de muchos valientes. Acompañó sus ruegos con un proyecto de ajuste por cuyo medio podia terminar amistosamente la guerra.

Ricardo acogió favorablemente la súplica y consintió desde luego en hacer algunas concesiones; pero Felipe se mostró duro é inflexible.

— Yo no envainaré mi espada, exclamó, hasta haber recibido del rey Ricardo homenaje por las provincias de Normandía, Guíena y Poitú que le fueron concedidas en feudo.

Felipe usaba aquel lenguaje, confiado en el juramento que, á fuerza de oro y promesas, arrancara á los daneses de que no cargarían á los suyos; pero cuando en el trance de llegar á las manos, vió desvanecerse aquella esperanza y que los champañeses se aprestaban para tomar parte en el combate, trocóse en temor su inflexible aspereza. Mandó llamar al obispo de Niort y lo envió cerca de Ricardo con encargo de decirle que Felipe le declaraba libre de todo vasalle, si consentia en firmar la paz.

Cuando el prelado y su comitiva avistaron al monarca inglés, este, armado de punta en blanco, acababa de pasar el riachuelo que separaba los dos campamentos, y sin hacer alto en el obispo que se adelantaba para hablarle, se volvió á sus arqueros para darles la orden de disparar las primeras flechas. Corrió entonces el prelado al altar, cogió el Santísimo Sacramento y fué á colocarse delante del rey deteniendo sus pasos.

— Por la sangre que Cristo derramó por nosotros en la cruz, le dijo, por la salvacion de vuestra alma, os rogamos, señor, que no paseis adelante, que os compadezcáis de nuestras lágrimas y de nuestras angustias. El rey de Francia desde ahora declara que renuncia á toda pretension relativa al vasallaje de vuestras provincias; desde ahora está pronto á retirarse á su territorio.

El rey Ricardo clavó por un momento sus miradas en su aguerrido ejército; y rebotando orgullo y confianza, arrimó el acicate á su caballo para hacerle avanzar, olvidando, en su belicoso ardor, que tenia delante de sí al prelado. Tropezando el caballo con el anciano obispo, lo derribó bárbaramente en el suelo: escapóse de sus manos el sagrado vaso, y fué á estrellarse contra el tronco de un árbol. Al ver tirada en el fango la sagrada hostia y al anciano desvanecido, se levantó en todo su ejército un sordo murmullo de descontento. No por esto desistió Ricardo, obstinóse en querer pasar adelante; pero volvió á levantarse el obispo con el rostro ensangrentado y los vestidos manchados de lodo, y le gritó:

— ¡Paz, señor, paz! ¡En nombre de Jesucristo!

— ¡Paz, paz! repitieron todos los clérigos y religiosos.

La rabia brilló como un relámpago en el ojo de azor del rey.

— ¡Adelante, gritó, adelante, soldados!

— ¡Adelante! contestó todo el ejército.

— ¡Si quereis avanzar un paso, será forzoso que vuestros caballos huellen á un anciano y el cuerpo del Dios vivo! dijo el obispo enseñando la hostia.

— ¡Adelante!

Esta vez ningun grito respondió al del rey: todos cejaban á la vista de tamaña profanacion. El obispo, los clérigos y religiosos se aprovecharon de aquel instante de perplejidad para repetir:

— ¡Paz, señor; paz, señor!

El rey lanzó á sus soldados una mirada de indignacion y menosprecio.

— Ya que mis hombres de armas son de la misma opinion que los curas; ya que temen abollar sus corazas y romper sus yelmos; enhorabuena, haya paz. Ven-ga á encontrarme el rey Felipe, y al punto quedarán arregladas las condiciones del tratado.

Algunos momentos despues, llegó el rey de Francia, seguido tan solo de algunos soldados, y aun les mandó que se detuvieran á la entrada del campamento. Apeándose de su caballo se dirigió á la tienda de Ricardo antes que este tuviese tiempo de salir á recibirle.

— Ricardo, dijo Felipe con agrado y cortesania, he venido á vuestra tienda enteramente solo, no como rey, sino como hermano, cual corresponde á un príncipe cristiano que ha renunciado á toda intencion hostil y que se halla animado de un solo deseo, el de merecer vuestra amistad.

La ira y resentimiento del rey de Inglaterra no pudieron resistir á tan lisonjeras palabras: bastaron para hacerle olvidar la traición de Felipe. Franco en demasia, era incapaz de dudar de la honradez ajena; apoyó su brazo en el del rey de Francia, y de aquel modo salieron de la tienda y se presentaron á entrambos ejércitos.

A aquella vista, un grito general de alegría retumbó por todas partes; el obispo de Niort entonó el *Te Deum*, que los clérigos cantaron en coro. Arrodilláronse los dos reyes, los demás hicieron lo mismo, y todos aquellos hombres que, pocos momentos antes, se disponían para degollarse unos á otros, unieron sus voces en una misma plegaria.

No tardaron en confundirse los dos campamentos: como la mayor parte de los caballeros que servían bajo las banderas de los dos príncipes se conocían unos á

otros, se reunieron para celebrar con banquetes la paz ajustada. Al día siguiente al apuntar el alba, cada uno se marchó á sus Estados y no pensó mas, dice un cronista de aquel tempo, que en la caza y en los placeres de una vida sosegada.

El rey de Inglaterra y el de Francia con sus séquitos y un corto número de señores que habian convidado á acompañarles, se trasladaron á Niort para arreglar definitivamente las condiciones de una tregua de diez años que habian acordado y para hacer algunas partidas de caza, pues Felipe era tenido por uno de los mas hábiles de su tiempo en el arte de la montería; y Ricardo, celoso de aquella reputacion, queria probarle que no era menor su habilidad en la noble ciencia de san Huberto. Corrieron algunos jabalíes y venados y dieron muerte á mas de un lobo con gran satisfaccion del rey de Inglaterra, á quien el artero Felipe cedió todos los honores de la partida, mas ansioso de alcanzar otras condiciones ventajosas que de dirigir la jauría y de descargar el primer golpe al venado. Aquellas concesiones otorgadas con destreza grangearon al rey de Francia todo el cariño de Ricardo, cariño de que, como político consumado, supo aprovecharse para limar un poco las garras del leon. Por lo demás, ni un instante se separaban, comían siempre juntos, se acostaban en un mismo lecho y pasaban todo el día en sabrosos coloquios.

Una mañana estaba Ricardo en el patio del palacio episcopal, donde se habian alojado los dos reyes, tocando la bocina, y le divertía sobremanera la dificultad que aparentaba encontrar Felipe en aquellas tocatas, cuando entró en la morada real un hombre de estatura aventajada, y que, contra la costumbre de aquel tiempo, traía una crecida barba. Dirigióse al monarca inglés, y postrándose á sus plantas, le dijo:

— Señor, vengo á implorar paz y proteccion por el infeliz pueblo de Lóndres.

— ¿Y desde cuándo mi pueblo de Lóndres carece de paz y proteccion? preguntó Ricardo con señales visibles de descontento.

— Desde que vos no estais allí, señor, para protegerle contra las prevaricaciones de los *aldermen* encargados del cobro de los tributos. Eximen de toda contribucion á los que mas se hallan en estado de pagarlas, sobrecargan al pobre artesano que á duras penas puede subsistir con su trabajo, y para poner el colmo á sus estorsiones, acaban de acordar que todos los vecinos pagarán igual cantidad, sin atender á la diferencia de haberes. Procuran por todos los medios que los pechos mas gravosos recaigan sobre la clase menesterosa. Estas son, señor, las causas porque, dejando á mi esposa y á mi madre, he venido á poner á vuestros piés las quejas de vuestros fieles amigos y súbditos, seguro de que les tendreis compasion.

— Sí: juro por la salvacion de mi alma que todo se hará como dices, buen hombre. No quiero que mi pueblo sufra las vejaciones de unos foragidos que mas cuidado ponen en llenar sus arcas que las mias... Pero dime, ¿quién eres tú para haber emprendido un viaje tan largo sin temor de los muchos riesgos que consigo trae una empresa de esta clase?

— Mi nombre es Williams, dijo Barba-larga. Soy sajón, debo á mi trabajo una reducida fortuna, que he adquirido en el comercio y con el sudor de mi rostro. Retirado ahora de los negocios, aprovecho el tiempo estudiando las leyes de Inglaterra y defendiendo, cuando es menester, los fueros de los pobres.

— ¡Bien! Williams, eres un súbdito leal y valiente. Vuelve á Lóndres, y á tu llegada verás cómo no he olvidado las quejas que acabas de poner á mis piés. Vé, y que Dios te acompañe.

— Señor, aquí teneis un pergamino, donde se hallan consignados todos los contrafueros cometidos por los *aldermen*.

— Te juro por mi santo patron que se hará justicia buena y pronta.

— Bendígaos el cielo como os bendecirá la ciudad de Lóndres, cuando la informaré de vuestras paternales palabras.

— Y en prueba de estas palabras, podrás enseñar á mi buena ciudad de Lóndres este don de nuestra munificencia, que te concedo en galardón de tu noble y arriesgada empresa.

Al decir esto, el rey se quitó del cuello una rica cadena de oro con un broche en que estaban grabadas sus armas, y la echó á los hombros de Williams. Conmovido Williams hasta derramar lágrimas, salió inmediatamente para el puerto, donde le aguardaba la embarcacion que le trajera de Lóndres.

### II.

EL RECONOCIMIENTO DEL PUEBLO.

Pasado algun tiempo, junto al mar y en el sitio adecuado para el desembarco secreto de pequeñas embarcaciones, paseaban tres hombres que al parecer aguardaban algo con mucha ansiedad.

— Un mes ha trascurrido ya desde su partida, decia uno de ellos, y Williams Barba-larga no está aun de vuelta.

— Adán Bel, contestó un jóven que tenia en la mano una ballesta y á quien seguian dos enormes lebreles, habeis cometido la imprudencia de acudir á la justicia del rey, cuando debierais haber acudido á vuestra propia justicia como yo os lo habia aconsejado. Williams, en premio de sus respetuosas palabras y de la represen-

tacion hecha á Ricardo, habrá recibido el dogal de la horca. Vive Dios, á ballestazos y á estocadas solamente debia haberse mejorado la suerte de los vecinos de Lóndres.

— Así lo pensaba tambien yo, Robin Hood; pero, camarada, el pueblo de Lóndres se compone en la mayor parte de honrados artesanos que, acostumbrados á vivir pacíficamente del trabajo de sus manos, á comer todos los domingos una cabeza de carnero cocida y á hallarse debajo de un buen tejado al abrigo del frio y de la lluvia, se avendrian muy mal con la vida errante de cazador que vos llevais.

— Sí, tenéis razon, compadre: el pueblo de Lóndres es necio y cobarde. No es á buen seguro por él por quien he dejado la selva y á mis valientes compañeros, á mis hermanos Tuck, al viejo Seath Lockes, á Muck y mis cuatrocientos intrépidos monteros, sino por Williams Barba-larga cuyo valor y sangre fria me admiran tanto mas, cuanto no es para armas tomar, sino al contrario, de estudios y de saber.

— ¡Hola, escuchad! Esta es señal convenida. ¿No oís entre el ruido de las olas el sonido de una bocina? Es la balada de Robin Hood... ¡Es Williams!

Y en efecto, una grande barca normanda aportó á pocos instantes en la pequeña bahía donde se encontraban Robin Hood y sus dos compañeros.

— ¡Loado sea Dios! exclamó Williams al saltar en tierra. ¡Loado sea Dios! El corazon del rey Ricardo se ha conmovido con mis palabras. Me ha jurado por su salvacion que remediará los quebrantos de la buena ciudad de Lóndres, y en premio de mis sacrificios por la santa causa del pueblo, ha quitado de su cuello esta cadena de oro para pasarla al mio.

— ¿Y la carta, la carta por la que Ricardo otorga á los vecinos de Lóndres las franquicias reclamadas, y una prudente distribucion en los impuestos?

— ¡Qué Robin! ¿la palabra de Corazon de Leon no te parece suficiente?

— Corazon de Leon ha olvidado ya sin duda las promesas que te ha hecho; se halla demasiado lejos de Lóndres y muy atareado en dar batallas, tiene demasiada necesidad de dinero para acordarse de las representaciones que le ha dirigido un pobre villano que no traia consigo oro ni fuerza armada. Por otra parte, aun cuando desde Normandia mandase á los aldermen que hiciesen un nuevo reparto de impuestos, no por esto dejarían de hacerlo á su antojo. Créeme, Williams, á pesar de la cadena de oro que te ha regalado el rey Ricardo, no te espongas á nuevos peligros ni reclames el cumplimiento de una palabra real ya trascordada. Adios. Yo vuelvo á mis selvas.

— Tiene razon, contestó Adan Bel; en cuanto á mi, voy á meterme tranquilamente en mi casa, pues no quiero, con tan poca probabilidad de buen éxito, quebrantar el juramento de sumision que he hecho al rey.

— Yo tampoco, respondió Clim de Cloudesly, otro de los compañeros.

— Pues bien, contestó Williams Barba-larga, yo tengo fe en la palabra de Ricardo; voy á decir al pueblo lo que me ha jurado el rey, y veremos si los aldermen se negarán como vosotros á dar crédito á esta cadena, prenda irrecusable de la palabra de Corazon de Leon.

Clim y Adan se retiraron silenciosamente y cabizbajos, y solo Robin Hood permaneció cerca de Williams.

— Es una locura lo que tú vas á hacer, le dijo, pero no importa; jamás se dirá que Robin Hood abandonó á uno de sus valientes compañeros en el peligro. Si tú vas adelante, adelante iré contigo; pero piensa que haces una locura.

Pero Williams, sin atender á estas palabras, se fué directamente á la plaza principal de Lóndres.

Apenas le descubrieron, se halló rodeado de un inmenso gentío, que fué siguiendo sus pisadas en medio de continuas aclamaciones de alborozo.

Como todos tenian noticia del viaje de Williams, y del fin que llevaba, estaban impacientes por saber qué respuesta dá el rey Ricardo el defensor del pueblo.

Además habian ya tomado á todo evento las armas de que podia disponer en aquel tiempo el estado llano, como eran palos ferrados, hachas, lanzas, y palancas de hierro.

Mas de cincuenta mil personas, dice un historiador de aquel tiempo, *Guillermo Neubrigenis*, se habian ya reunido al rededor de Williams, quien, para satisfacer su impaciencia, se vió precisado á subir sobre la tabla de un cortante, y despues que hubieron arrastrado al medio de la plaza aquella tribuna improvisada, les habló de esta manera:

— El rey Ricardo me ha jurado mandaria á los aldermen que hiciesen un prudente reparto en los impuestos; ahí tenéis la prenda que nos asegura el cumplimiento de aquella palabra; vámonos pues á dedicar esta cadena de oro á la iglesia y sepulcro de Santo Tomás Beckett, cuya santa proteccion ha hecho que el rey me acogiese con benignidad.

Quería bajar de la tabla, pero la muchedumbre cogió en sus brazos al que acababa de traerles tan felices nuevas, y en medio de aquel triunfo popular, llegó hasta la iglesia.

Allí colocó la cadena de oro sobre el sepulcro en donde habia polor el rey Enrique II, padre de Ricardo, habia ido á llorar y á humillarse bajo los azotes del clero inglés.

Despues que hubo presentado aquella ofrenda, se volvió hácia el pueblo, y tomando por tema del discurso que iba á pronunciar un pasaje de los sagrados libros,

*Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris* (1), dijo:

— Permitted, hermanos, que me aplique estas palabras, porque me presento entre vosotros como el salvador de los pobres. Vosotros, pues, que habeis experimentado cuán pesada es la mano de los ricos, sacad ahora de mi fuente el agua de una doctrina saludable; sacadla, sí, y con gozo, porque ha llegado ya la hora de vuestro alivio. Yo separaré las aguas de las aguas, es decir, á los hombres de los hombres, separaré al pueblo humilde y sincero del pueblo orgulloso y sin fe, separaré las clases réprobas, como Dios separó la luz de las tinieblas; seguidme á mi, escuchad mi voz, y pronto cesará la injusticia, y cada cual obtendrá su derecho. Tenemos por garantia la proteccion del cielo, la palabra del rey y la justicia de nuestra causa.

Gritos de aprobacion y de entusiasmo respondieron á aquellas palabras, y sin duda que, á quererlo en aquel instante Williams, iban abajo los aldermen con todo su inicuo poder.

Este era el parecer de Robin Hood, que queria marchar á la cabeza del pueblo contra los fariseos, decia él, para vengar con su muerte al vecindario de Lóndres.

Pero Williams, lejos de aprovecharse de aquella exaltacion, procuró reprimirla con toda su energía, y juró que abandonaria la causa del pueblo en el instante en que se cometiese el mas leve desman ó se derramase una sola gota de sangre.

Se contentó pues con presentarse á los aldermen, informarles de la voluntad del rey y exigirles su cumplimiento.

Guardáronse estos de oponer la menor resistencia en vista de los peligros que les amenazaban, contestaron que se conformarian con la voluntad del rey cuando esta les fuese comunicada, pidiendo una semana, plazo mas que suficiente para que, segun ellos, pudiese Ricardo, enviarles la carta que habia prometido á los vecinos de Lóndres.

Con semejante conducta no se proponian mas que ganar tiempo, dejar que calmase la efervescencia del pueblo, y tomar todas las medidas necesarias para sofocar otro nuevo tumulto, pues conocian muy á fondo la ligereza con que Corazon de Leon hacia y olvidaba las promesas; sabian igualmente cuán imperiosa era la necesidad de dinero que experimentaba Ricardo, para temer ni por asomo las órdenes con cuya esperanza se lisonjeaba Williams Barba-larga.

Durante el plazo de los ocho dias echaron mano de los agentes secretos que, introduciéndose entre los vecinos, no perdiesen medio de inspirar desconfianza hácia Williams.

El arzobispo de Cantorbery y sus justicieros convocaron algunas reuniones del estado llano, les hablaron de paz y orden, y no contribuyeron poco á la llegada de los treinta mil hombres armados que se presentaron para reforzar la guarnicion de Lóndres.

Los habitantes, sea por conviccion, sea por debilidad ó por miedo, entregaron rehenes que se dieron prisa á sacar de Lóndres.

Entre tanto Williams, que no habia salido de su casa hacia algunos dias, porque su mujer le habia hecho padre de una niña, y que por otra parte era incapaz de dudar de la lealtad ajena, no estaba previendo los peligros que le amenazaban, cuando fué un dia el fiel Robin Hood á avisarle que no les quedaba otro medio de salvarse que huir á las selvas.

— Partamos al momento, le dijo; vuestra mujer y vuestra hija, confiadas por ahora al cuidado de Tuck ó de otro de mis amigos, vendrán mañana á unirse con nosotros.

— ¿Huir yo? exclamó Williams, no por cierto. El arzobispo de Cantorbery no se atreverá á obrar contra la voluntad del rey, de quien he recibido la promesa de franquicias para los vecinos de Lóndres.

— Ricardo ya no se acuerda de tí ni de sus promesas; huye, vente conmigo.

— Lejos de esto: al momento voy á salir de mi casa, me presentaré al pueblo, y si los reyes faltan á sus juramentos, si los arzobispos y los aldermen son traidores, el pueblo siempre es reconocido y defenderá á su defensor.

— El pueblo es ingrato é inconstante, ven; Williams, acepta el asilo que te ofrezco.

Mas Williams, sin atender á las palabras de su amigo, se trasladó inmediatamente á la plaza pública.

Algunas personas se le acercaron, pero las mas se retiraron cobardemente.

Entre los que fueron á saludar á Williams, se hallaba uno llamado Gofredo, á quien Barba-larga habia hecho importantes servicios en algunas ocasiones.

Despues de haber hablado un buen rato con su bienhechor, levantó repentinamente la mano desvainando la daga.

Al instante se echaron dos asesinos sobre Williams, quien, como estaba á la defensiva, habia ya muerto de una cuchillada al traidor Gofredo, y socorrido por Robin Hood, pudo hacer frente á los dos matones, que al fin sucumbieron tambien. Acudieron entonces algunos soldados para apoderarse de Barba-larga; pero este pudo escaparse y fué á buscar asilo con Robin y nueve de sus amigos que habian acudido á su ayuda, en una iglesia vecina llamada Santa María del Arca.

Preparáronse para una resistencia obstinada, hasta que informado el pueblo de su situacion, acudiese á libertarlos; pero los vecinos permanecieron quietos, por-

(1) Isaias, cap. XII, vers. 3º: Traducción del P. Scio; Sa-careis agua con gozo de las fuentes del Salvador.

que habia en Lóndres mucha fuerza armada y se temia que al menor movimiento de rebelion, se diese muerte á los que estaban en rehenes.

Así fué que los soldados enviados para apoderarse de Williams, pudieron sin la menor oposicion rodear la iglesia y el campanario con montones de leña seca y verde, le pegaron fuego en seguida, y produjo tanto humo que los sitiados tuvieron que rendirse, á excepcion sin embargo de Robin Hood, que pudo fugarse, aunque herido.

En el momento en que Williams bajaba del campanario de Santa María del Arca, el hijo de Gofredo se precipitó sobre él y le hirió de una estocada.

Se apoderaron los soldados del herido, lo ataron á la cola de un caballo, y de aquel modo le arrastraron hasta la horca de la que no pudieron colgar ya sino el cadáver de Williams, pues habia muerto en el camino.

Mientras que se cometia aquel asesinato, la jóven esposa de Williams, convaleciente ya de su parto y blandamente tendida sobre una camilla, no se cansaba de mirar la cuna donde dormia su tierna hija.

Juana, hija de un rico mercader de Lóndres, amaba á Williams con un cariño lleno de respeto.

Aunque tenia alguna edad mas que ella, habia preferido para esposo al denodado y generoso defensor de los pecheros, á infinitos jóvenes y ricos caballeros que se disputaban su mano.

Nada faltaba á su corazon, ningun deseo se presentaba á su fantasia, cuando le veia sentado á su lado, cuando podia contemplar las nobles y varoniles facciones de aquel hombre esforzado, cuando le era dado oír su voz tan poderosa como suave.

(Se continuará.)

## Las fiestas de Roma.

Roma 2 de julio.

El esplendor de las ceremonias de la canonizacion, el brillo de las pompas del centenario de San Pedro, el imponente espectáculo de la primera basilica del catolicismo dando cabida en su vasto recinto á 70,000 personas, no son los únicos recuerdos que las fiestas de 1867 dejarán en la memoria de los visitantes. Los regocijos públicos tan expansivos y pintorescos en Roma, merecen tambien particular mencion, y el adjunto dibujo da á conocer la fiesta popular que el principe Borghese organizó á su costa en su propio palacio.

El principe obsequió á la muchedumbre con una variada funcion que habia encargado á una compañía ecuestre. El programa se componia de los ejercicios ordinarios que se ejecutan en los circos y de la ascension de un globo.

Pero la lucha que mas interesó á la multitud, fué la carrera de los *Bighe*, ó carros de dos ruedas. Estos carros, de forma antigua, eran guiados por artistas vestidos con túnicas amarillas, encarnadas y azules, como los romanos de la antigua Roma. Los recuerdos del pasado tienen siempre un gran prestigio. Así es que los luchadores recibieron mil aplausos, y el vencedor, al ceñirse la corona, recibió de los asistentes una ovacion digna de los victoriosos que subian en otro tiempo al Capitolio. S.

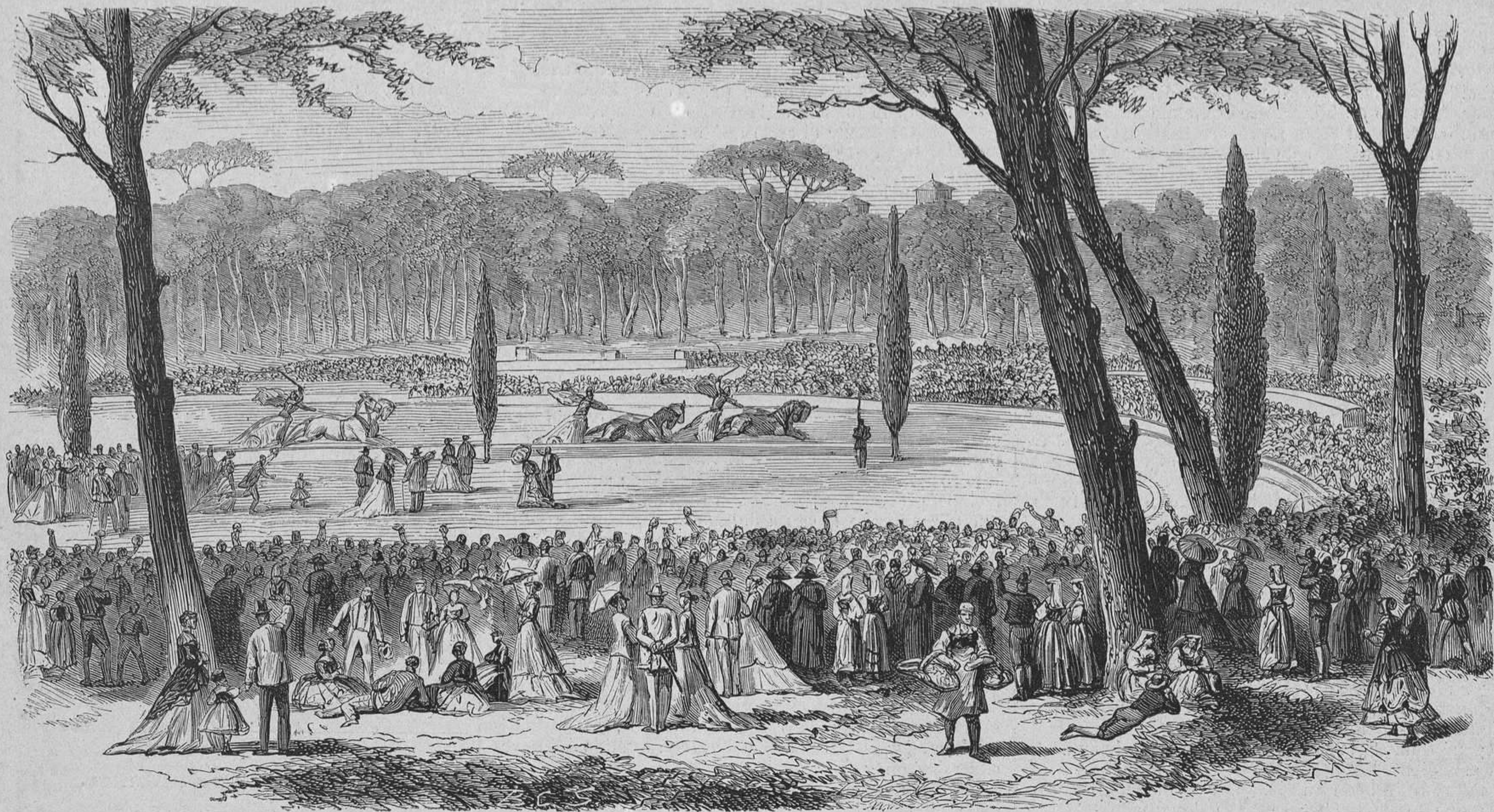
## Banquete dado á M. Jules Favre

CON MOTIVO DE SU ELECCION PARA LA ACADEMIA FRANCESA.

Las fiestas soberanas que se suceden en Paris desde hace algunos meses no deben hacernos olvidar enteramente otras fiestas de un carácter mas íntimo, pues no porque se hallen desprovistas de toda etiqueta oficial, dejan de tener su importancia.

Durante largo tiempo se hablará en el palacio de Justicia y en los circulos donde la inteligencia ocupa el primer puesto, del banquete que dieron el 11 de julio los abogados de Paris á su compañero M. Jules Favre, á propósito de su reciente eleccion como miembro de la Academia francesa. Era una verdadera fiesta de familia, una fiesta que honra tanto á los que saben darla como al que la recibe. Gracias á las manifestaciones de esta especie, los lazos de la corporacion se estrechan, la gloria del uno viene á ser patrimonio de todos. Jóvenes y viejos, maestros venerados y abogados que apenas han concluido sus estudios, se sentaban fraternalmente á la misma mesa, en la que solo habia puestos reservados para los dignatarios de la fiesta y de la corporacion.

Berryer habia aceptado la presidencia de este banquete, Berryer, que tambien puede usar la casaca de palmas verdes; pero nosotros estamos persuadidos de que prefiere al uniforme de académico el simple frac negro abotonado hasta el cuello, ó bien su toga. Con efecto, Berryer es en el dia el gran tipo del abogado, del hombre que cada dia acude á defender ante la justicia los intereses de los ciudadanos. Cuando se le ve, alto y hermoso, con su noble ademan, su robusta voz llena de fuerza y de energía, nadie creeria que desde hace medio siglo es el primer atleta en las arenas judiciales y políticas. Recordaremos solo que en 1815 tuvo



FIESTAS DE ROMA. — La carrera de los carros en el palacio Borghese.

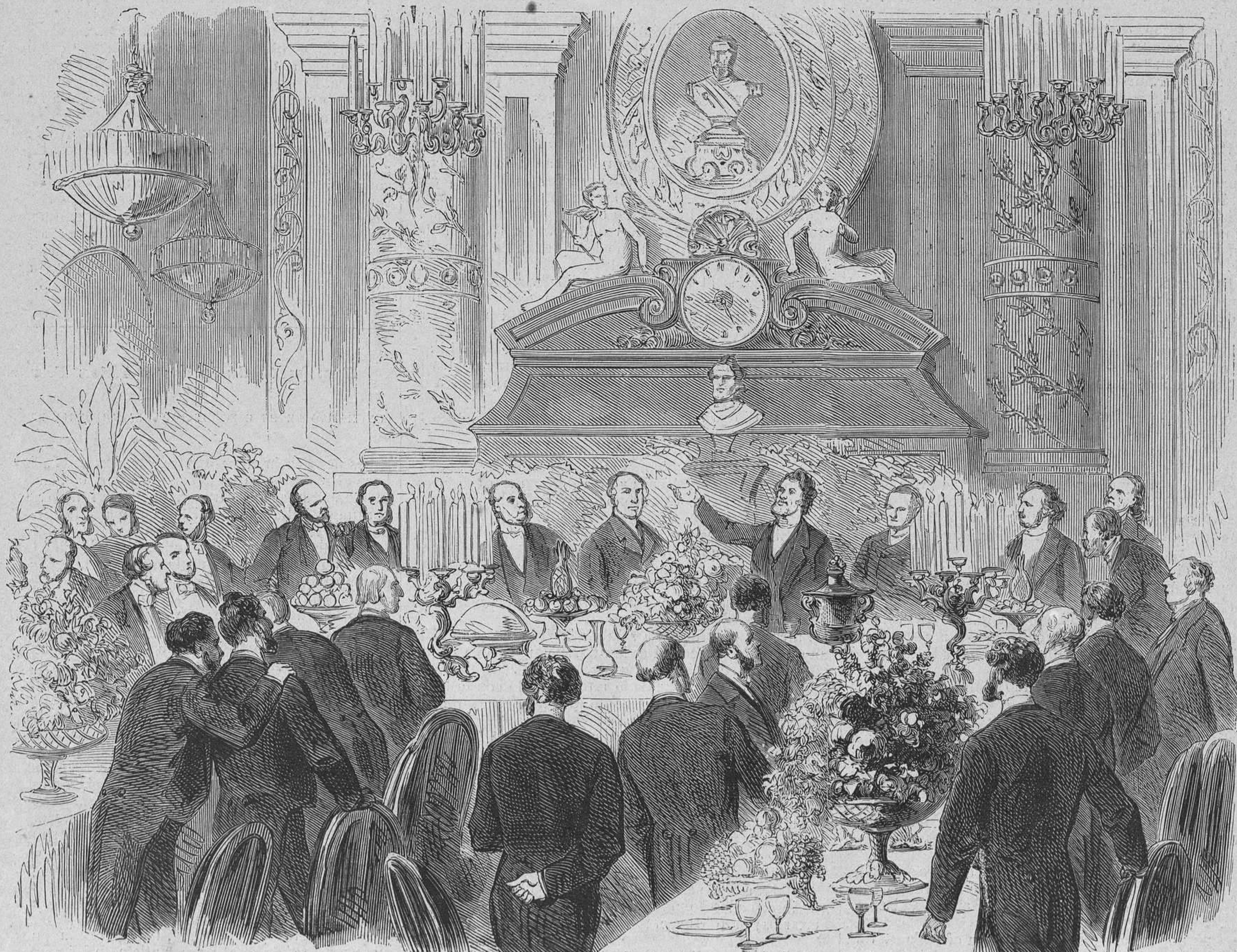
el honor, en compañía de su ilustre padre y de M. Dupin, de defender ante la Cámara de los pares al infortunado mariscal Ney.

Nunca Berryer ha estado mejor inspirado que en las ocasiones en que no tenia por oyentes sino rivales y

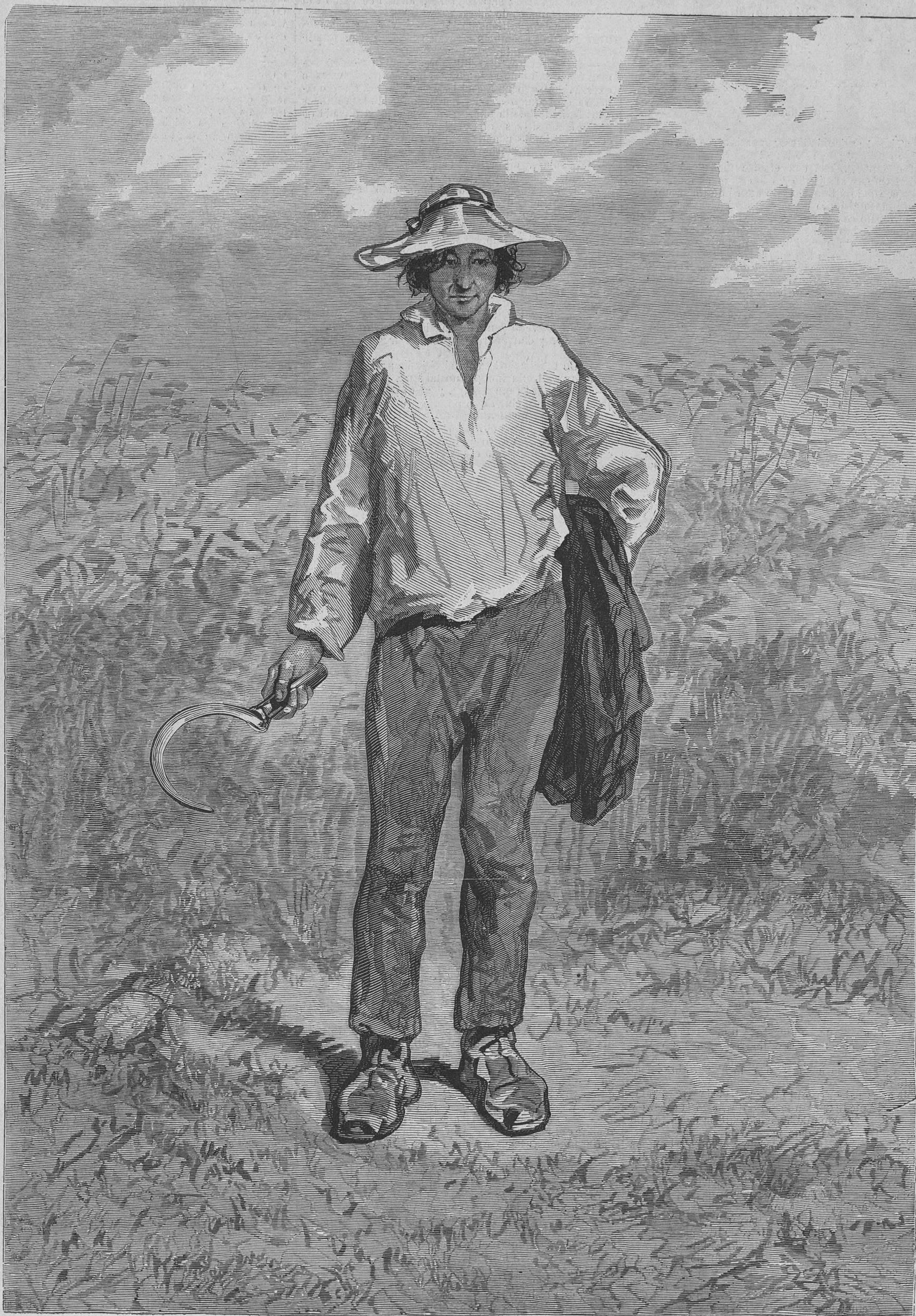
émulos. Con el tono de la familiaridad, el único que convenia entre compañeros, señaló cuánto le complacia tener que cumplimentar al hombre ilustre que acaba de entrar en la Academia. Mas luego, elevándose poco á poco, la elocuencia tomó su vuelo hasta que tal cabo

se conmovieron todos los corazones. La palabra obraba uno de sus prestigios mas prodigiosos.

Nada diremos de la respuesta de Jules Favre ni de los demás discursos, pues este artículo solo tiene por objeto consignar una fecha y un recuerdo. J. B.



Banquete dado á M. Jules Favre por el foro de Paris, con motivo de su entrada en la Academia francesa.



EL MES DE JULIO, dibujo inédito de Gavarni.

## Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— ¡Cómo! exclamó Sikes, ¿pensais acaso que os ofrezco algun tósigo? ¡Dejadlo pues!

Así diciendo, Sikes, con el aire más despreciativo, cogió el vaso, y arrojando en la ceniza el líquido que contenía, volvió á llenarlo y lo apuró de un trago.

Entre tanto el judío paseaba sus miradas en derredor del cuarto, no con curiosidad, pues conocía demasiado bien la casa, sino con esa expresion inquieta y sospechosa que le era peculiar. El mueblaje no podía ser mas pobre, indicando tan solo los objetos contenidos en la alacena que allí no vivía ningún obrero. Nada por lo demás hubiera despertado sospechas, á no ser dos ó tres garrotes puestos en un rincon, y un *rompe-cabezas* colgado encima de la chimenea.

— Vamos, dijo Sikes haciendo castañetear su lengua, ahora soy vuestro.

— ¿Para hablar de negocios, eh? preguntó el judío.

— Sí, replicó Sikes; así pues, decidme lo que tengais que decir.

— Acerca de la casa de Chertsey, ¿no es verdad, Guillermo? dijo el judío acercando su silla y hablando muy bajo.

— Sí, vamos, ¿y qué hay?

— ¡Ah! bien sabeis lo que quiero decir, amigo mio, repuso el judío; ¿no es verdad, Nancy, que sabe bien lo que quiero decir?

— No, no sabe nada, dijo irónicamente Sikes, ó no quiere saberlo, que viene á ser lo mismo; hablad y llamad las cosas por su nombre. ¿Vais á estar mucho tiempo guiñando el ojo y hablando con enigmas, como si no fuérais vos el primero que tuvo la idea de ese robo? Explicaos, ¿qué diablo!

— Paz, paz, Guillermo, exclamó el judío, que habia tratado inútilmente de moderar la indignacion de Sikes; podrian oírnos, amigo mio, podrian oírnos.

— ¡Pues bien, que nos oigan! replicó Sikes; ¿á mí, qué me importa?

Pero comprendiendo sin duda cuánto importaba callar, bajó la voz y se calmó.

— Vamos, vamos, continuó el judío, era solo prudencia... nada mas. Ahora, amigo mio, hablemos de esa casa de Chertsey; ¿cuándo se dará el golpe, Guillermo? ¡Tanta plata, amigos míos, tanta plata! añadió frotándose las manos como si tuviese ya el tesoro.

— No puede hacerse nada, dijo friamente Sikes.

— ¡Nada! repitió el judío dejándose caer sobre el respaldo de la silla.

— No, dijo Sikes; ó cuando menos, no es un negocio concluido, como nosotros esperábamos.

— Entonces es que no se ha sabido hacer, exclamó el judío pálido de cólera, no me digais mas.

— Si tal, replicó Sikes. ¿Quién sois vos para negaros á escucharme? Os digo que hace quince días que Toby Crackit anda rondando la casa, sin haber podido sobornar á ningún criado.

— ¿Quereis decir entonces, interrumpió el judío dulcificando la voz á medida que se animaba su compañero, quereis decir que no ha sido posible comprar á ninguno de los dos lacayos?

— Sí, eso es, repuso Sikes; hace veinte años que se hallan al servicio de la anciana señora, y no quieren escuchar nada.

— Pero, amigo mio, ¿y las mujeres? ¿No se ha podido hacer nada por ese lado?

— Absolutamente nada.

— ¿Ni aun por medio del seductor Toby Crackit? dijo el judío con aire incrédulo; bien sabeis, Guillermo, lo que son las mujeres.

— Pues bien, ni el seductor Toby Crackit ha podido hacer nada, y dice que á pesar de lo mucho que se acicalaba, todo ha sido inútil.

— Debió haberse puesto bigotes y un pantalon de uniforme, dijo el judío despues de reflexionar un momento.

— Tambien lo ha hecho; pero no ha surtido efecto, contestó Sikes.

Al oír estas palabras, el judío pareció desconcertado, y despues de meditar algunos minutos, alzó la cabeza y dijo, que si el informe de Toby Crackit era exacto, no podría confiarse en el negocio.

— Y sin embargo, añadió el viejo poniendo las manos sobre sus rodillas, es doloroso, amigo mio, perder todas esas riquezas con que ya contábamos.

— Es verdad, dijo Sikes, es una lástima.

Siguióse un largo silencio, durante el cual permaneció Fagin sumido en una muda contemplacion, y sus facciones, contraídas, tenían una expresion verdaderamente diabólica. Observábale Sikes de vez en cuando, y Nancy, temiendo sin duda irritar al bandido, permanecía inmóvil con la mirada fija en el fondo de la chimenea, como si no hubiese oído una palabra de la conversacion.

— Fagin, dijo Sikes rompiendo de pronto el silencio, ¿me dariais cincuenta soberanos de ganancia por extraordinario, es decir, además de mi parte, si realizo el negocio?

— Sí, contestó el judío, despertando repentinamente de sus reflexiones; sí, amigo mio, añadió cogiendo con efusion las manos de Sikes.

Al decir esto, brillábanle los ojos al viejo, y todos los músculos de su semblante revelaban la emocion que le causaba la pregunta.

— En ese caso, dijo Sikes rechazando desdeñosamente con la mano al judío, eso podrá hacerse cuando querais. Anteanoche escalé la tapia del jardín acompañado de mi amigo Toby, y hemos sondeado las ventanas y los batientes de la puerta; la casa está atrancada de noche como si fuese una prision, pero hay un sitio por donde podríamos penetrar sin ruido.

— ¿Dónde, Guillermo? preguntó con ansia Fagin.

— Ya sabeis, dijo en voz baja Sikes, que despues de atravesar el pequeño prado...

— Sí, sí, exclamó el judío adelantando la cabeza y abriendo los ojos desmesuradamente.

— ¡Hum! murmuró Sikes, que sorprendió una señal que le hacia la jóven para que observase la expresion del judío; ¿qué os importa saber esto? Ya sé que no podeis hacer nada sin mí, pero siempre es bueno estar alerta cuando se trata con vos.

— Como querais, amigo mio, como querais, repuso Fagin mordiéndose los labios: ¿y no necesitais mas que á Toby?

— No, dijo Sikes, basta con nosotros dos; solo necesitamos un barreno y un muchacho; lo primero lo tenemos ya, y convendrá que os encargueis de lo segundo.

— ¡Un muchacho! exclamó el judío; ¡oh! entonces habrá que introducirse por un tabique, ¿eh?

— ¡Otra vez! repuso Sikes, ¿qué os importa? Os digo que necesito un chico que no esté grueso. ¡Ah! añadió despues de un momento, ¡si tuviera yo aquí al muchacho de Ned el deshollinador!... A ese se le impedia crecer á propósito á fin de que sirviese para el objeto, y le alquilaban cuando era necesario; pero el padre se dejó matar, y entonces, la sociedad de jóvenes delincuentes hizo aprender un oficio al hijo, enseñáronle á leer y escribir, y al cabo de algun tiempo llegó á ser aprendiz. Hé aqui lo que hacen esos lunos; añadió Sikes, cuya cólera se excitaba con este recuerdo; y si tuviesen bastante dinero, lo que á Dios gracias no sucede, no nos quedarían seis chicos al año para nuestro oficio.

— Es verdad, observó el judío, que mientras hablaba Sikes, estaba absorto en sus reflexiones, y no cogió mas que las últimas palabras; ¡pero oid, Guillermo!

— ¿Qué se os ocurre?

El judío hizo una señal con la cabeza, mostrando á Nancy, que permanecía inmóvil delante del fuego, y dió á entender á Sikes que era preciso alejar á la jóven.

El bandido se encogió de hombros con impaciencia, pero accediendo á los deseos de Fagin, mandó á Nancy que fuese á buscar un jarro de cerveza.

— No la necesitais ahora, dijo la jóven cruzándose de brazos y permaneciendo inmóvil.

— Te digo que sí, repuso Sikes.

— ¡Vamos! exclamó Nancy con la mayor sangre fria; continuad, Fagin, pues ya sé lo que vais á decir, y siendo así, no le importa á Guillermo que yo lo oiga.

El judío vacilaba aun y Sikes miró al uno y á la otra con sorpresa.

— ¿En qué puede molestaros esta muchacha, Fagin? dijo despues de una pausa; hace bastante tiempo que la conocéis, y me parece que debe inspiraros confianza. Esta chica no es amiga de chismes, ¿no es verdad Nancy?

— Me parece que no, contestó la jóven acercando su silla á la mesa y apoyándose de codos sobre ella.

— No, no, hija mia, no lo dudo, pero....

— ¿Pero qué? murmuró Sikes.

— Ignoro si estará tan mal dispuesta hácia mí como la otra noche, replicó el judío.

Nancy soltó la carcajada, y apurando un vaso de aguardiente, movió la cabeza con aire provocativo, profiriendo exclamaciones incoherentes entre las que oyó-sela decir:

— ¡Seguid adelante por vuestro camino! ¡No habéis nunca de rendiros!

Estas palabras parecieron tranquilizar á los dos hombres, y el judío se manifestó satisfecho.

— Ahora, Fagin, dijo Nancy riendo, referid á Guillermo vuestros proyectos acerca de Oliverio Twist.

— ¡Ah, picara, tú eres la muchacha mas ladina que he conocido! exclamó Fagin, dando un golpecito en la espalda á Nancy. Has acertado; de Oliverio es de quien voy á hablar. ¡Ja, ja!

— ¿Y qué vais á decir? preguntó Sikes.

— Que es el muchacho que necesitais, amigo mio, repuso el judío en voz baja, poniendo un dedo sobre su nariz, mientras hacia un gesto espantoso.

— ¿El? exclamó Sikes.

— ¡Tómale, Guillermo! dijo Nancy. En tu lugar no vacilaria un momento; no es tan ducho como los otros, pero ¿qué importa, tratándose solo de abrir una puerta? Yo te aseguro que se puede contar con él, Guillermo.

— Es verdad, añadió Fagin, que ya hace algunas semanas que está en el buen camino, y ya es tiempo que empiece á ganarse la vida. Además, los otros son muy gruesos.

— No es esa precisamente la dificultad, dijo Sikes, despues de reflexionar; lo esencial es la estatura.

— El hará todo lo que querais, amigo mio, interrumpió Fagin, y para ello bastará solo que le atemoriceis un poco.

— ¡Atemorizarle! replicó Sikes, yo os aseguro que ya tendrá miedo. Si tropieza una sola vez al trabajar ó da un paso falso, os digo, Fagin, que no volveréis á verle vivo. Os lo advierto para que penseis en ello antes de enviarme. Tenedlo por cierto, añadió Sikes blandiendo una barra que acababa de coger sobre la cama.

— Ya he pensado en eso, dijo el judío con energía; no le pierdo de vista, amigos míos, y le observo muy de cerca. Que comprenda de una vez que es de los míos, que se convenza que ha robado, y es nuestro para toda la vida. ¡Oh! esto sería magnífico.

Al decir estas palabras el viejo se cruzó de brazos, y hundiendo la cabeza entre los hombros estremeciéndose de alegría.

— ¡Nuestro! dijo Sikes; vuestro, quereis decir.

— Tal vez, mi buen amigo, repuso Fagin, lanzando un grito de alegría; mio, si quereis, Guillermo.

— ¿Y en qué diablos consiste, preguntó Sikes mirando fijamente á su amigo, que os interesais tanto por ese rapazuelo, sabiendo que todos los días se encuentran cincuenta como él, que pululan por los alrededores de Common-Garden, y entre los cuales no hay mas que escoger?

— Porque esos no sirven para nada, amigo mio, repuso el judío con cierto embarazo, y no vale la pena de cogerlos. Su semblante solo habla en contra de ellos, y yo los perderia todos. Por el contrario, si saco buen partido de ese chico, puedo hacer con él, amigos míos, mas que con veinte de los otros. Además, si llegara á escaparse otra vez, estaríamos á su disposicion, y es por lo tanto indispensable que sea de los nuestros. Que tome parte en un solo robo, y no necesito mas para tenerle por mio; esto es todo lo que yo quiero. Esto es preferible á tener que deshacerse del pobre chico, con lo cual perderíamos, exponiéndonos además á correr algun peligro.

— ¿Y cuándo será la expedicion? preguntó Nancy en el momento en que Sikes iba á recriminar al judío por sus sentimientos humanitarios.

— ¡Ah! es verdad, repuso Fagin; ¿cuándo se emprende la expedicion, Guillermo?

— En la noche de pasado mañana, contestó Sikes con voz sombría; eso es lo que he convenido con Toby, á menos que no le dé contraórden.

— Bueno, replicó el judío, ¿no habrá luna?

— No, dijo Sikes.

— ¿Y está todo preparado?

Sikes hizo una señal afirmativa.

— ¿Y habeis pensado?....

— Todo está previsto, dijo Sikes, y basta ya de detalles. Lo que ahora es necesario es que el chico se halle aquí mañana por la noche, pues marcharemos al romper el día. Así pues, silencio, y preparad al rapazuelo; eso es todo lo que teneis que hacer.

Despues de una discusion en que tomaron parte los tres personajes, decidióse que al día siguiente por la noche, iria Nancy á buscar á Oliverio á casa del judío. Fagin observó con mucha razon, que si el muchacho mostraba repugnancia por la empresa, seguiria mas pronto á Nancy que á ningún otro, puesto que ella fué la que se interpuso últimamente en su favor. Estipulóse formalmente que el pobre Oliverio seria abandonado sin reserva á los cuidados y á la vigilancia de Guillermo Sikes; y además, que este obraría con él como le pareciese oportuno, sin ser responsable hácia Fagin de cualquiera cosa que sucediera al muchacho, ni de los castigos que juzgase necesario imponerle; con la condicion bien entendida que los asertos de Sikes, á su vuelta, serian confirmados en todos los detalles importantes por el testimonio del seductor Toby Crackit.

Cuando estuvieron convenidos sobre todos los puntos, Sikes comenzó á beber aguardiente á vaso lleno, blandiendo su barra de una manera alarmante, cantando á voz en cuello, y sin dejar por esto de proferir horribles imprecaciones. Finalmente, en un acceso de entusiasmo por su oficio, quiso examinar su caja de utensilios, y apenas la hubo abierto, para explicar el uso y aplicacion de los diversos instrumentos de fractura que contenia, elogiando el mérito de la fabricacion, cuando cayó redondo al suelo y se quedó dormido al momento.

— Buenas noches, Nancy, dijo el judío abrochando su gran leviton.

— Buenas noches.

Encontráronse los ojos de ambos, y Fagin lanzó á la jóven una mirada penetrante; pero Nancy la sostuvo sin pestañear. Entonces el judío, pasando junto el embriagado Sikes, dióle una patada, y despues de abrir la puerta, desapareció en la escalera.

— Siempre lo mismo, murmuraba el judío entre dientes tomando el camino de su casa; lo que hay de peor en estas mujeres, es que una monada les recuerda un sentimiento olvidado hacia mucho tiempo, pero lo que tiene de bueno es que no dura mucho. ¡Ja, ja! ¡el hombre contra el niño por un saco de oro!

Así distraído por tan agradables reflexiones, Fagin llegó á su oscura huronera, donde el *Truhan* estaba aun aguardando con impaciencia la vuelta de su maestro.

— ¿Se ha acostado ya Oliverio? tengo que hablarle, fueron las primeras palabras del judío.

— Ya hace mucho tiempo, contestó el *Truhan* abriendo una puerta; héle aqui.

El muchacho, profundamente dormido, reposaba sobre un miserable colchon echado al suelo. La inquietud, la tristeza y el cansancio de la cautividad, le habian puesto pálido como la muerte, no como se muestra á nuestros ojos bajo el sudario en un fúnebre ataúd, sino tal como se ofrece á nuestra vista en el momento que la vida acaba de extinguirse, cuando un alma jóven

y pura acaba de elevarse al cielo, y cuando el aire infecto de este mundo no ha tenido aun tiempo de ponerse en contacto con aquel polvo que animaba y santificaba.

— Ahora no, dijo el judío alejándose en silencio. Mañana, mañana.

## XX.

Por la mañana, al despertarse, quedóse Oliverio sorprendido al encontrar al pie de la cama un par de zapatos enteramente nuevos en vez de los viejos que llevaba. Esta novedad le regocijó al pronto, en la esperanza que sería el preludio de su libertad; pero bien pronto se desvanecieron sus ilusiones. A la hora de almorzar, como se encontrase solo con el judío, este le dijo, con un tono que no hizo sino aumentar sus temores, que aquella misma noche irían á buscarle para conducirlo á la casa de Guillermo Sikes.

— ¿Es para... para permanecer allí, señor? preguntó Oliverio con ansiedad.

— No, no, amiguito mio; no es para permanecer allí, contestó Fagin; nosotros no queremos perderte. No tengas miedo, Oliverio, ya volverás. ¡Ja, ja! nosotros no tendríamos la crueldad de despedirte; ¡oh, no!

Así burlándose de Oliverio, el judío, ocupado en tostar una rebanada de pan, comenzó á reirse para demostrar que no ignoraba que Oliverio se alegraría mucho de escaparse si le fuese posible.

— Supongo, añadió mirando al chico fijamente, supongo que querrás saber á qué vas á casa de Guillermo, ¿eh?

Ruborizóse Oliverio involuntariamente, y viendo que el viejo leía en su pensamiento, contestó sin vacilar:

— Es verdad, quisiera saberlo.

— ¿Acaso sospecharás ya de lo que se trata? preguntó el judío eludiendo la cuestion.

— No, en verdad, señor, replicó Oliverio.

— ¡Bah! repuso el judío volviéndose con aire de mal humor, despues de examinar atentamente el rostro del chico; en ese caso espera á que Guillermo te ponga al corriente.

El judío parecia muy disgustado al ver que Oliverio no manifestaba curiosidad sobre aquel punto; pero la verdad es, que aunque devorado el chico por la inquietud, hallábase tan turbado con las miradas de Fagin y sus propios pensamientos, que no pudo preguntar mas en aquel instante.

No habiéndose vuelto á presentar ocasion, el judío permaneció sombrío y silencioso hasta la tarde, y llegada la noche, preparóse á salir.

— Ya puedes encender luz, dijo el judío poniendo una vela sobre la mesa; y ahí tienes un libro para distraerte hasta que vengan por tí. Buenas noches.

— Buenas noches, señor, contestó con dulzura Oliverio.

Dirigióse entonces el judío hácia la puerta sin apartar la vista de Oliverio, y deteniéndose luego bruscamente, llamóle por su nombre.

Oliverio alzó la cabeza, y el judío, señalándole la vela, le hizo una seña para que la encendiese. Obedeció el muchacho, pero al poner la luz sobre la mesa, pudo notar que el viejo Fagin, fruncido el entrecejo, le contemplaba atentamente desde el fondo de la habitacion.

— ¡Ten cuidado, Oliverio, ten cuidado! dijo el judío con un gesto mas elocuente que sus palabras; Sikes es un hombre capaz de todo por poco que se le irrite. Succeda lo que quiera, no digas nada, y haz cuanto te mande. ¡Reflexiona bien sobre lo que te aconsejo!

Y recalcando estas palabras, dibujóse en sus labios una espantosa sonrisa, hizo una seña con la cabeza y salió.

Una vez solo, Oliverio, ocultando su cabeza entre las manos, comenzó á reflexionar con angustia en las palabras del judío y su recomendacion, perdiéndose en conjeturas acerca de su sentido. Si se abrigaban con respecto á él proyectos criminales, ¿no podían ponerse en ejecucion lo mismo en la casa de Fagin que en la de Sikes? Bien considerado todo, fijóse en la idea de que le habrían elegido para el desempeño de los quehaceres domésticos, hasta encontrar otro chico que les conviniere mas, y alegrábase de todos modos de dejar al judío, que tanto le hacia sufrir. Permaneció algunos minutos sumido en estos pensamientos, y al fin, despabilando la vela, cogió el libro que le dejara Fagin para entretenerse.

Al principio no hizo mas que hojearle con aire distraído, pero no tardó en llegar á un párrafo que llamó su atencion, absorbiéndole completamente en la lectura. Era la historia de la vida y hechos de los grandes criminales: en aquellas páginas ennegrecidas por el uso, pudo leer Oliverio la narracion de horribles crímenes, capaces de erizar de espanto los cabellos; asesinatos secretos cometidos en caminos solitarios, cadáveres arrojados en fosos, y espantosos suplicios en que los culpables pedían á voces la muerte para librarse de los remordimientos. Despues venia la historia de hombres que se habian familiarizado poco á poco con la idea del crimen, acabando por cometer horrores que hacían estremecer. Estos horribles cuadros estaban descritos con tal verdad y tan vivos colores, que las páginas del libro parecían á Oliverio de color de sangre, creyendo aun oír los ahogados gemidos de las víctimas.

El terror de Oliverio fué tal, que cerró el libro y lo arrojó lejos de sí; cayendo despues de rodillas, pidióle á Dios fervorosamente que le librara de cometer semejantes crímenes, enviándole antes la muerte que permitirle ser culpable. Serenóse luego poco á poco, y con

voz débil y temblorosa, imploró al cielo para que le ayudase en medio de los peligros que le amenazaban, y teniendo compasion de un pobre muchacho abandonado, que no habia conocido nunca el afecto de un pariente ó un amigo, le socorriera en aquel momento en que, desesperado y sin apoyo, hallábase solo, á la merced de hombres perversos y criminales.

Terminada su oracion, aun estaba de rodillas, con la cabeza entre las manos, cuando un ligero ruido le hizo estremecerse.

— ¿Quién es? exclamó levantándose, al ver una persona en el dintel de la puerta.

— Soy yo, yo sola, contestó una voz temblorosa.

Oliverio levantó la luz para ver á la persona que tenia delante.

Era Nancy.

— Baja esa luz, dijo la jóven volviendo la cabeza; me hace daño á la vista.

Oliverio notó que Nancy estaba muy pálida, y la preguntó afectuosamente si estaba mala; pero la jóven, dejándose caer sobre una silla y volviendo la cabeza, comenzó á retorcerse las manos sin contestar.

— ¡Dios me perdone! exclamó despues de una pausa; nunca lo hubiera creído.

— ¿Os sucede algo? preguntó Oliverio; ¿puedo seros útil? Estoy pronto, hablad.

Agitóse Nancy sobre la silla, llevóse una mano al cuello, y lanzando un sordo gemido, hizo esfuerzos para respirar.

— ¡Nancy! exclamó Oliverio muy inquieto; ¿qué te neis?

La jóven golpeó sus rodillas con las manos y el suelo con los piés, y luego, deteniéndose de pronto, abrigóse con su pañuelo y comenzó á tiritar.

Entonces Oliverio atizó el fuego; Nancy acercó su silla, y despues de permanecer en silencio algunos instantes, alzó la cabeza y dijo, mirando á su alrededor y reparando el desórden de su ropa:

— No sé lo que me da de vez en cuando; acaso será el efecto que me produce esta habitacion sucia y húmeda. Ahora bien, ¿estás ya dispuesto, amigo Oliverio?

— Pues qué, ¿me voy con vos? preguntó el chico.

— Sí, replicó Nancy; vengo de parte de Guillermo, y es preciso que vengas conmigo.

— ¿Para qué? preguntó Oliverio retrocediendo dos pasos.

— ¿Para qué? repitió la jóven mirando fijamente al muchacho.

Pero su mirada se encontró con la de Oliverio, y repuso, bajando los ojos:

— ¡Oh! para nada malo, hijo mio.

— Lo dudo, dijo Oliverio, que observaba atentamente á la jóven.

— Como quieras, replicó la jóven con una sonrisa afectada; entonces te diré que para nada bueno.

Oliverio pudo notar que tenia alguna influencia sobre la sensibilidad de Nancy, y tuvo por un momento la idea de recurrir á su conmiseracion; pero ocurrióle de repente que apenas eran las once, que habia aun mucha gente en las calles, y que acaso hallaria alguno que hiciera caso de sus palabras. Hecha esta reflexion, adelantóse hácia la puerta y dijo que estaba pronto.

Pero ni la reflexion ni el proyecto del chico escaparon á la penetracion de Nancy. Miró atentamente á Oliverio, y lanzándole una mirada que indicaba que habia comprendido perfectamente su pensamiento, le dijo en voz baja, inclinándose hácia él y señalándole la puerta:

— ¡Chut! ahora no te puedes escapar. He hecho por tí cuanto me ha sido posible, pero no hay medio, pues estás cercado por todas partes. Si alguna vez te has de escapar, ten por seguro que no será en este momento.

Admirado al oír el acento enérgico de la jóven, Oliverio la miró con asombro. Era evidente que hablaba con formalidad, pues estaba pálida y agitada, y se la veía temblar con todo su cuerpo.

— Yo te he librado ya de muchos malos tratamientos, continuó la jóven, y aun te libraré de mas; para eso estoy aquí. Si otro te hubiera venido á buscar, puedes estar seguro que habria procedido con mas dureza. He prometido que serias bueno y dócil, y si no lo haces así, no conseguirás sino perjudicarnos á los dos, siendo quizás la causa de mi muerte. ¡Mira! aquí podrás ver lo que he sufrido por causa tuya, tan cierto como Dios está en el cielo.

Así diciendo, la jóven enseñó á Oliverio su cuello y brazos cubiertos de cardenales.

— No olvides esto, continuó Nancy hablando muy de prisa, y no trates de aumentar en este instante mis sufrimientos; lo que yo mas deseo es socorrerte, pero ahora no me es posible. No hay intencion de hacerte daño, y tú no eres responsable de lo que te exijan. ¡Cállate! cada una de tus palabras me hace daño; dame la mano. ¡Pronto, pronto!

Y cogiendo la mano que Oliverio alargaba maquinalmente, apagó la luz y condujo al chico hasta la escalera. Una vez allí, abrióse la puerta con el mayor sigilo por una persona oculta en la oscuridad, volviéndose á cerrar inmediatamente. Aguardábase un coche en la calle; Nancy hizo subir á Oliverio, y colocándose á su lado bajó las cortinillas, despues de lo cual el cochero, sin preguntar adónde irían y arreando al caballo, desapareció como una exhalacion.

Nancy oprimia siempre la mano de Oliverio, reiterándole en voz baja sus consejos y advertencias. Todo aquello fué obra de un momento, y apenas empezaba el chico á darse cuenta de lo que le sucedia, cuando el coche se detuvo á la puerta de la casa donde el judío habia ido la víspera.

Oliverio dirigió una mirada rápida á la desierta calle, y estuvo á punto de pedir socorro, pero la jóven le hablaba al oído, suplicándole con tal insistencia que no la comprometiese, que no tuvo valor para gritar. De todos modos, ya no era tiempo, pues hallábase dentro de la casa, y la puerta se acababa de cerrar.

— Por aquí, dijo Nancy, dejando la mano de Oliverio. ¡Guillermo!

— ¡Allá voy! contestó Sikes, dejándose ver en lo alto de la escalera con una luz en la mano. ¡Oh! todo va bien, ¡subid!

Para un hombre del temple de Sikes, eran aquellas palabras de satisfaccion, y una acogida singularmente cordial. Nancy pareció agradecerlo y saludóle amistosamente.

— He mandado fuera al Turco y á Tom porque podrían estorbarnos, observó Sikes alumbrando la escalera.

— Bien hecho, contestó Nancy.

— ¡Vamos! ¿traes ya á ese corderillo? dijo Sikes cerrando la puerta y cuando hubieron entrado en la habitacion.

— Héle aquí, contestó la jóven.

— ¿Y ha estado quieto?

— Como una oveja.

— Bueno es saberlo, dijo Sikes, mirando á Oliverio con aire feroz; tanto mejor para tus huesos, pues de lo contrario, creo que se hubieran resentido un poco. Ven acá, rapazuelo, y escúchame bien, porque tanto vale que nos entendamos de una vez para siempre.

Hablando así á su nuevo protegido, despojóle Sikes de la gorra y la arrojó á un rincón; cogiéndole despues por un brazo, sentóse cerca de la mesa, y obligó á Oliverio á que permaneciese en pié delante de él.

— En primer lugar, preguntó Sikes sacando una pistola del bolsillo, ¿sabes lo que es esto?

Oliverio contestó afirmativamente.

— En ese caso, ¡atencion! continuó el bandido; hé aquí pólvora, una bala y un pedazo de trapo viejo, que servirá de taco.

Oliverio murmuró en voz baja que conocia el uso de aquellos diversos objetos, y entonces Sikes se puso á cargar la pistola con mucho cuidado.

— Ahora, ya la tenemos cargada, dijo, terminada la operacion.

— Sí, ya lo veo, señor, repuso Oliverio temblando.

— ¡Pues bien! dijo el bandido oprimiendo fuertemente la muñeca de Oliverio, y aplicándole el cañon de la pistola tan cerca de la sien, que el chico no pudo reprimir un grito; si cuando salgas conmigo tienes la desgracia de decir una sola palabra sin que yo te hable, te meto una bala en la cabeza sin mas preámbulo. Así pues, si te da el capricho de hablar sin mi permiso, ya puedes rezar tus oraciones.

Y para dar aun mas fuerza á sus palabras, el bandido profirió una espantosa blasfemia, añadiendo:

— Segun tengo entendido, en caso de despacharte al otro mundo, nadie vendria á reclamar tu persona, y por lo tanto, no tendria necesidad de romperme la cabeza para darte estas explicaciones si no fuera por tu bien. ¿Me entiendes?

— Eso significa sencillamente, dijo Nancy recalcando las palabras para llamar la atencion de Oliverio, que si te contraría en cualquiera de tus asuntos, le abrasarás la cabeza para impedir que charle, exponiéndote con esto á que te ahorquen, así como expones á cada momento tu vida en los azares de tu oficio.

— ¡Eso es! observó Sikes con aire de aprobacion; las mujeres saben siempre decir las cosas con pocas palabras, menos cuando les ciega la cólera, pues entonces nunca acaban. Ahora pues que estamos ya entendidos, vamos á cenar.

En el momento Nancy extendió el mantel, y despues de ausentarse unos instantes, volvió con un jarro de cerveza y un plato de cabezas de carnero, lo cual ofreció á Sikes la ocasion de gastar algunas bromas. Aquel honrado hombre, estimulado tal vez con la perspectiva de una expedicion inmediata, se dejó llevar de un acceso de alegría y buen humor. Así pues, parecióle gracioso beberse toda la cerveza de un trago, y blasfemó mas de cien veces durante la cena.

Terminada esta, el bandido apuró dos vasos de aguardiente, y se arrojó sobre la cama, ordenando á Nancy con mil imprecaciones que le despertase á las cinco en punto. Asimismo encargó á Oliverio que se echase vestido sobre un colchon, y Nancy, por su parte, se sentó cerca del fuego para poder despertar á tiempo al bandido.

Oliverio estuvo mucho tiempo sin dormir, pensando que acaso Nancy buscaria una ocasion para darle un nuevo consejo; pero la jóven permaneció inmóvil. Rendido por el cansancio y lleno de inquietud, el muchacho se durmió al fin profundamente.

Al despertar hallábase la tetera sobre la mesa, y Sikes estaba ocupado en guardar diversos objetos en los bolsillos de su gaban, mientras que Nancy preparaba el almuerzo. Aun no era de dia; la luz no se habia apagado, todo estaba sombrío per fuera; una lluvia violenta azotaba los vidrios de la ventana, y veíase el cielo negro y cubierto de nubes.

— ¡Vamos, vamos! dijo Sikes mientras se levantaba Oliverio; ¡las cinco y media! Despáchate, ó no tendrás tiempo para almorzar: es preciso ponernos en camino.

Oliverio no tardó en arreglarse, comió un poco y dijo que estaba dispuesto.

Nancy, sin mirarle apenas, le dió un pañuelo para que se abrigase el cuello, y Sikes le hizo poner una esclavina de tela ordinaria para cubrirse las espaldas. Equi-

pado de este modo, el chico dió la mano al bandido, quien se detuvo un instante para hacerle ver con un gesto amenazador que llevaba la pistola en el bolsillo. Despues despidióse de Nancy y salió.

Al franquear la puerta, Oliverio volvió la cabeza, esperando encontrar la mirada de Nancy; pero la jóven, sentada delante del fuego, permanecía completamente inmóvil.

## XXI.

La mañana en que Sikes y Oliverio emprendieron la marcha era triste por demás: soplaban el viento con violencia, y la lluvia caía á torrentes; espesos y negros nubarrones velaban el cielo, y la noche anterior debió sin duda haber sido muy lluviosa, pues veíanse las calles llenas de charcos y los arroyos se desbordaban.

Conociase la llegada del dia por un pálido fulgor, pero este aumentaba la tristeza de la escena en vez de disiparle; aquella débil luz, debilitando la de los reverberos, no podia iluminar aun los húmedos tejados y las calles solitarias. Todas las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas, y no se veía un alma por la calle.

Al llegar á Bethual Greve, amaneció por completo, y la mayor parte de los faroles es-



Lamberto Thiboust, autor dramático francés.

taban apagados. Dirigiánse algunos carros lentamente hácia Lóndres, de vez en cuando una diligencia cubierta de lodo pasaba como una exhalacion; las tabernas, alumbradas interiormente con gas, estaban ya abiertas, y poco á poco fueron abriéndose las demás tiendas. Numerosos grupos de obreros se dirigian á sus fabricas, veíanse hombres y mujeres con cestos en la cabeza, carros llenos de legumbres ó de carne, lecheras con sus cántaros, y en fin, una multitud de gente, que cargada con diversas mercancías, dirigiase á todos los barrios de la capital.

A medida que iban aproximándose á la Cité, el ruido y el movimiento aumentaron, y al enfilarse las calles situadas entre Shoreditch y Smithfield, halláronse en medio de un verdadero tumulto. Ya era muy entrado el dia, y la mitad de la poblacion comenzaba á evacuar las primeras diligencias de la mañana.

Despues de haber dejado las calles del Sol y de la Corona, atravesando la plaza de Fimbury, dirigióse Sikes por Chiwellt, Barbican y Long-Lane, y llegó á Smith field, donde habia una batahola que causó á Oliverio la mayor sorpresa.

Era dia de mercado, y el espeso vapor que se desprendia del cuerpo de los animales confundíase con la niebla, ocultando por completo las chimeneas de las casas.

(Se continuará.)



EXPOSICION DE BELLAS-ARTES DE 1867. — Ribera dibujando á la puerta del Ara Celi en Roma, cuadro por M. Bonnat.

**Lamberto Thiboust,**

AUTOR DRAMÁTICO FRANCÉS.

El mundo de las letras y del teatro, tan ardiente, tan apasionado en pró ó en contra, suele concentrar sus mas vivas simpatías en algunos privilegiados. Estos reunen en su favor la amistad de todos, y cuando les alcanza la muerte, se conoce en el sentimiento general que el grupo entero ha sido herido en el mas amado de sus miembros. Lambert Thiboust era uno de los hijos de adopcion de esta parte del mundo parisiense, y así es que todos los periódicos, sin distincion de matices, han pagado su tributo sobre esa tumba abierta tan inesperadamente. La muerte de Lambert Thiboust ha sido llorada por todos, lo cual es un acto de justicia. ¿Quién pues tuvo ocasion de conocerle y no le cobró cariño? Lambert Thiboust era la personificación mas brillante

de la alegría, el buen humor y la juventud. Era todo de sus amigos, siempre con la mano abierta, la sonrisa en los labios, la cabeza erguida, el ojo brillante como con el placer del encuentro. Su gracia era la del hombre honrado, la del hombre feliz. Parece mentira que tanta actividad, tanto ardor, tanto fuego, todo eso se haya consumido en algunas horas. Y sin embargo, nada desgraciadamente es mas cierto.

Thiboust habia hecho su educacion en Santa Bárbara, y como Scribe y como Bayard, no soñaba mas que con el teatro en los bancos de la escuela. Entró en el Conservatorio por los años de 1847, y á su salida trabajó en el Odeon, donde dió su primera pieza, el *Hôtel César*, á la que siguió *Une heure en Bretagne*.

Algun tiempo despues llevaba al teatro de Delassements-Comiques las primeras y verdaderas obras de su talento especial, que debia recoger su cosecha de observaciones de la vida parisiense en las cenas de la Maison d'Or, en los bulevares, en los teatros, en medio de los dias de carnestolendas. Todo el mundo recuerda en

Paris la *Corde sensible*, los *Chevaliers du Pince-nez*, la *Fiancée du Mardi-Gras*, la *Infortunée Caroline* y tantas otras piezas del mismo género; aquella fué la nota brillante de tan privilegiada inteligencia; mas al lado de este repertorio, que él solo habria hecho la fama de un autor de vaudeville, Lambert Thiboust tenia tambien obras bien estudiadas como por ejemplo, los *Poseurs*, *Une Corneille qui abat des noix*, y los *Jocrises de l'amour*, una obra maestra de gracia y de sólida observacion. Y escudriñando un poco la multitud de piezas que ha firmado, se encuentran joyas de delicadeza y sentimiento, como *Je dine chez ma mère* y *l'Homme n'est pas parfait*, última produccion de esa escuela de autores que sin pretension alguna elevan el vaudeville á la altura de la verdadera comedia. Seguramente, Lambert Thiboust no escribió solo; los nombres de sus colaboradores y amigos son numerosos, superiores é inferiores; pero mas que todos ellos se distinguió por su sal cómica.

M. S.